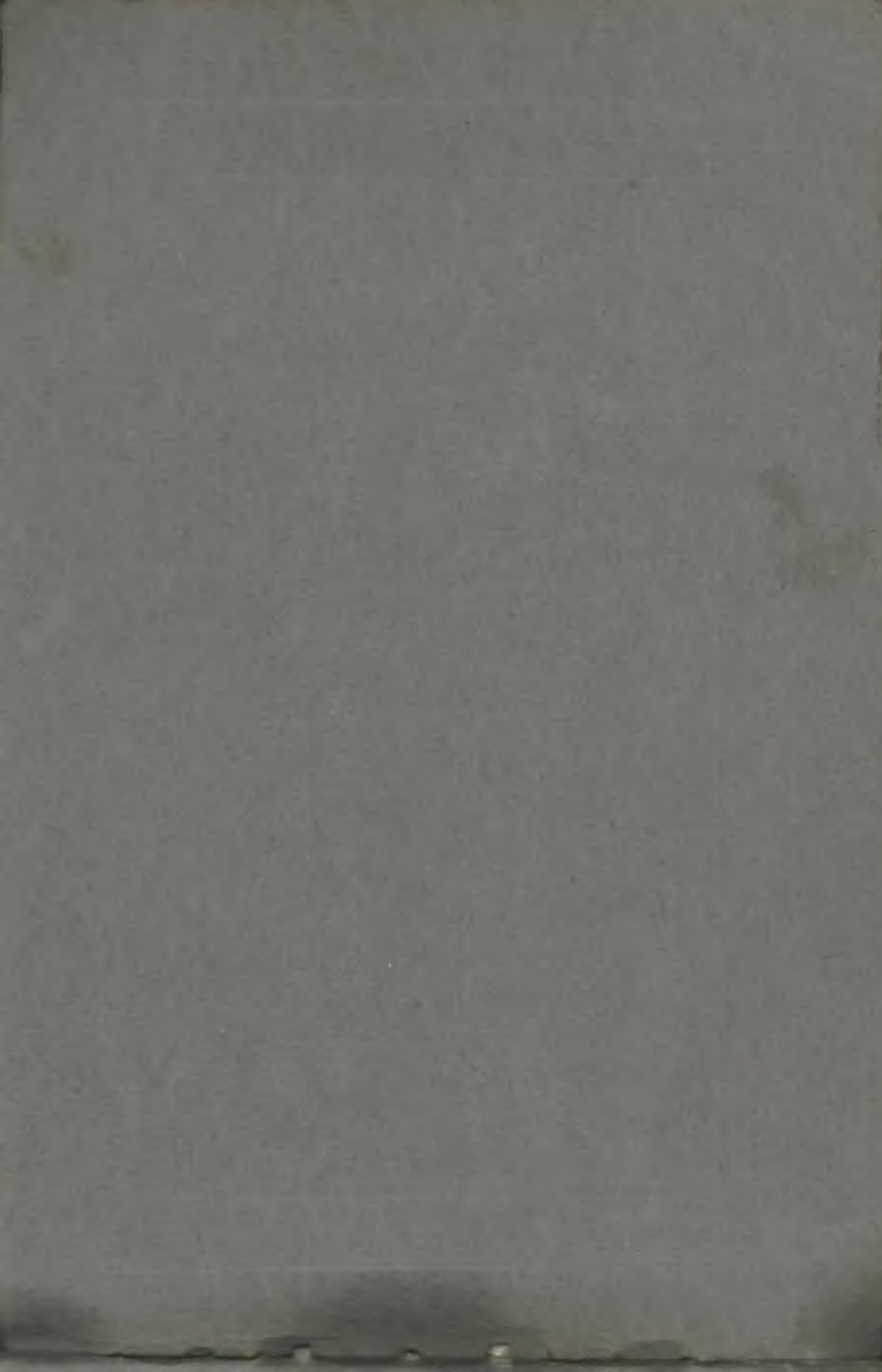


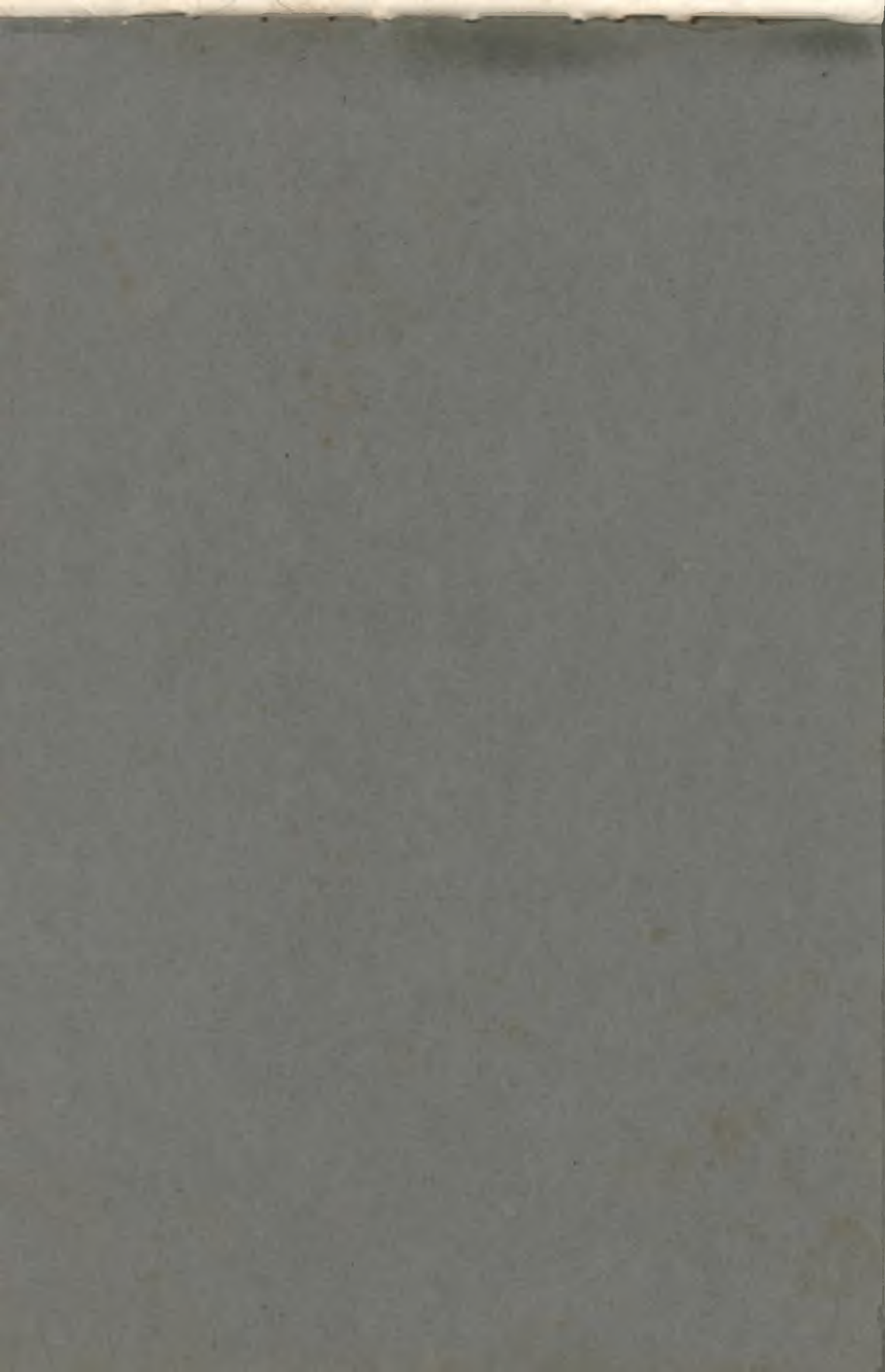
THE DEBATE



Contra Garguini







EL DEBATE

— Montevideo, Sábado 18 de Mayo de 1937 —



T PRIMER ENSAYO DE CURSO DE PERIODISMO EN EL URUGUAY. — En el Instituto San Pedro Canisio se dictó el jueves la Clase Inaugural del Curso Condensado de Periodismo que, a cargo del Sr. Horacio Aslaim Márquez, tendrá lugar, dentro del Plan de Estudios del IV Año de este Instituto, todos los jueves a las 15 horas. Las notas gráficas muestran un aspecto de la clase inaugural y, al margen, a nuestro distinguido compañero de tareas, en instantes de dar comienzo a su importante y loable empresa a la que, demás está decirlo, decíamos de todo corazón el éxito que su iniciativa y "Chetis" se merecen.

302 B

De

gaceta y prensa para el Uruguay, 18 de Mayo, 1937.

SILUETAS DE LA CIUDAD (I)

Por "CHERIS"

EL "GARUFA"

El "garufa" es un producto genuino de la fauna criolla. Todos fuimos o nos sentimos garufas alguna vez. Pero el auténtico, el genuino garufa lo es con carácter vitalicio. Empezó a los dieciséis años o a los veinte, y dejó la garufa el día que los riñones hechos cisco y la osamenta cansada, dijeron basta.

Desde luego, hay diversos tipos de garufas que, a primera vista, podríamos clasificar y dividir en genuinos "pour la galerie" y café con leche.

El "genuino" viene a ser el parrandero auténtico: un señor que se toma la garufa en serio, se acorta la vida y se aburre a mares en su afán de divertirse. Las trasnochadas, las heladas invernales, el alcohol, la falta de sueño, los incidentes y accidentes le amargan la vida, lo arrugan antes de tiempo y terminan convirtiéndolo en un trapo. Pero cómo se ha divertido!

—Sí... ahora estoy en decadencia... Pero ¿quién me saca lo bailado?

Desde luego, nadie le saca lo bailado. Ni interés que hay en sacárselo. Por que lo bailado se re-



duce a algunos minutos de forzada alegría y muchas horas de tedio, de preocupación, de espera. Días soñolientos y amargos. La alegría espontánea que se evapora a cambio de la forzada, de la ficticia alegría. El porvenir que se esfuma; la vitalidad que se escapa de las manos...

El garufa auténtico se muere a pedazos... por hacerse el "vivo"...

El otro, el de la garufa "pour la galerie" es un garufa a medias. En puridad, un noctámbulo. Vive de noche pero no se desintegra, no se suicida poco a poco. A las nueve cae al café y pide un cortado. Habla de fútbol (no va nunca) de carreras (jamás juega) y de programas (tuvo uno, hace diez años). A las diez un copetín. A las once, una partida de truco. A la una, otro copetín y un partido de billar. A las tres un café, porque "tomó mucho".

Y las cinco de la madrugada lo sorprende en la esquina charlando con un amigo de programas, de carreras y de fútbol.

La salud no se pierde con eso. El dinero tampoco. El tiempo sí.

Pero tiempo es lo que le sobra al garufa "pour la galerie".

El garufa a la "café con leche" es con mucho el más simpático de los tres. Generalmente muy joven. Y pato. Porque si fuera rico sería un garufa a la "champagne" o a la "whisky and soda" en camino, por lo tanto, de ser garufa genuino.

El "café con leche" quiere pero no puede. La boite cuesta mucho. El cine, todos los días, es un presupuesto.

Por lo tanto eso de acostarse a la madrugada para mantener el prestigio en el barrio cuesta sacrificios. Es cuestión de estar dos horas con un cafecito hasta que el mozo, después de retirar primero el vaso y luego el pocillo pregunta:

—¿Algo más?

—No. ¿Cuánto es?

Y luego caminar. Ir al Parque Rodó, a la Rambla, y cualquier otro sitio, sea donde sea, pero donde no se pague.

Claro que a veces tiene dinero. Y otras veces una novia. Y de vez en cuando, dá o recibe algunas trompadas. Y hasta, una vez, lo llevaron preso. Con eso y con no llegar a casa antes de las cuatro —así se empape o se hiele— queda sentado que es un calavera empedernido. Y la madre, al llevarle el café con leche a la cama, le dice todas las mañanas:

—Hijo mío... te estás matando... Ah! Qué juventud alocada!

Y el "café con leche" rie con hastio. A lo Boudelaire.

CHERIS.

"El Influyente"

A todos nos pasó alguna vez. Frente al problema insoluble y perentorio oímos la voz reconfortante del "influyente".

—Pero viejo, no te preocupes. Eso te lo arreglo yo...

—Pero es que el Ministro...

—El Ministro es íntimo mío. No me puede negar nada. Anda tranquilo, te digo; que eso lo arreglo yo...

Lo miramos con emocionada admiración. El influyente, antes de despedirse nos palmeó la espalda con un ademán tan protector que daban ganas de pedirle que nos adoptara como hijo adoptivo.

—Andá tranquilo, nomás. Eso te lo arreglo yo...

Desde luego, nunca nos arregló nada. La intimidad con el Ministro no pasaba de una presentación el día que el jerarca inspeccionó la oficina donde trabajaba el "influyente". Con eso y con haberlo visto después dos o tres veces de lejos no alcanzaba para que "no pudiera negarle nada". Ni el influyente soñó pedirle nada tampoco.

El influyente sabe que no influye un pito. Que se hace de enemigos y que incluso lo agarran para el pitoreo. Pero no puede sustraerse a la tentación de gozar de un minuto de admiración, de pleitesía, de adulación. No es, desde luego, un defraudador. No saca partido de sus promesas, ni pide a cuenta, ni acepta nada. Es la inexistente, la irrefrenable tentación de posar en influyente su única debilidad.

—Así que Vd. cree posible?

—Esté tranquila, señora. Si yo no consigo que le instalen un teléfono no lo consigue nadie.

O si no:

—Hermano, no sabes como te lo agradecería.

—Faltaba más! ¿Para que están los amigos? Yo le voy a explicar el asunto al Director y el ascenso será tuyo...

O esta variante:

—Pero vos crees que el doctor...?

—El doctor y yo somos amigos de la infancia. Hacete de cuenta que ya te concedió la rebaja... y donde lo apure un poco puede ser que no te cobre nada...

Y la cosa crece día a día. La beca para el estudiante; el pase libre para el corredor, el traslado para el funcionario de campaña, la entrevista con el personaje, la divisa, el crédito bancario, todo lo consigue el influyente que en el fondo goza también bondadosamente al ver reflejada la alegría y la esperanza en el rostro de sus protegidos.



El que se amarga la vida es él. Porque los protegidos lo persiguen a muerte:

—¿Y el aumento que me iba a conseguir?

—¿En que quedó aquella gestión que iba a hacer?

—No se olvide de lo mío!

—Francamente si no podía, me lo hubiera dicho.

—Usted me hizo concebir esperanza y perder tiempo...

El influyente acosado se defiende como puede. Tiene conciencia de que su vanidosa manía le hace mal a algunos. Pero no puede evitarlo. Es tan lindo, tan grande, eso de ponerle la mano en un hombro a un prójimo y decirle patriarcalmente:

—Pero viejo, no se preocupe! Eso lo arreglo yo!

Hagámosle justicia al "influyente". Es cierto que se pavonea, que defrauda a algunos, que promete lo que nunca podrá cumplir. Pero cuantas veces nos haría falta encontrar a un "influyente" en esos momentos en que la fé flaquea y el mundo se nos viene encima. Lo que él nos da no es nada. Apenas una esperanza, una ilusión.

¿Pero acaso no alcanza una esperanza para sortear sin desfallecer el mal momento? — CHERIS.

“EL ZORZAL”

El “zorzalismo” es una plaga como la difteria, la escarlatina o el sarampión, con la única diferencia de que el enfermo de zorzalismo lo es por vida.

La enfermedad se contrae generalmente en la niñez o en la primera juventud. Un día cualquiera, el sujeto que hasta entonces ha sido sano y normal, luego de escuchar a Gardel, le da por cantar un poco, por ejemplo aquello de: “Rechíflao en mi tristeza hoy te evoco y veo que has [sido...”



Hasta este momento el hombre sigue sano. No tiene la pretensión de saber cantar. Pero nunca falta en estos casos alguien, que por tener el oído estropeado o cualquiera otra razón, le dice:

—Fenómeno, che! Cantate otra!

El microbio del zorzalismo ha penetrado en la sangre del sujeto predispuesto.

—No, viejo... si no sé cantar. Además canté a media voz, canté.

—Por eso... cantate otra.

Y el “Zorzal” que hasta este minute había sido un ciudadano corriente se transforma. Sacando pecho, se pone en trance, y ya con “toda la voz” y ensañamiento de que es capaz, arranca:

“En un bulín mistongo
del arrabal porteño...”

Cuando termina, alguien la embarra sin remedio:

—¡Si yo tuviera tu voz!

Desde ese momento la Patria pierde un ciudadano, presuntamente útil, y la epidemia de zorzalismo hace una víctima más.

Esa noche, solo en su casa y frente al espejo, el “Zorzal” frunce el ceño, echa la cabeza para atrás y tomando con la mano un micrófono imaginario hace algún gorgorito de ensayo:

“Canto por no llorar
y aumentar mi dolor...”

Desde ese día, la enfermedad lo transforma por completo. No hace fiebre, ni adelgaza, pero otros síntomas elocuentes retratan los avances del mal. Aprende guitarra por correspondencia y se pasa las horas junto a la radio, siguiendo a Magaldi o a Tormo. Poco a poco el barrio lo admite como su “Zorzal”. No hay barrio que no tenga varios. Ni familia donde por lo menos no haya un cantor. Desde la fiebre amarilla nunca se había conocido un flagelo tan difundido.

El “Zorzal” consigue un día cantar en un festival del “clú”. Y otro día memorable debuta en una audición que un explotador de zorzales irradia los domingos, a las ocho de la mañana, en una emisora que no se oye pasando la Curva de Maropas. Claro que tiene que aportar un aviso y pagarse los guitarristas. Pero el arte requiere ciertos sacrificios.

Desde ese día la dolencia se hace crónica e incurable. El “Zorzal” se compra un gacho gris y se saca una fotografía con guitarra y todo. Las noches lluviosas no sale aunque le vengán a buscar los amigos:

—La garganta... ¿sabes? Me tengo que cuidar...

Y se mete en la cama recitando entre dientes:

“Tango que me hiciste mal
y sin embargo te quiero...”

Ya no tiene cura.



Siluetas de la ciudad (V)

Por CHERIS

EL "PIROPEADOR"

El piropo es una ciencia que refunde otras muchas. Un piropeador de primera clase tiene algo de literato y de poeta; domina el sentido de la oportunidad, es psicólogo a su manera, rápido en la concepción, poseedor pleno del humorismo y de la gracia; simpático, "entrador", y con ese arte poco corriente de soltar cualquier disparate sin ofender.

Claro que nos referimos al piropeador de primera clase. Debe haber unas diez clases más. Debajo de la cual resta, aún, una subclase: la del pseudo piropeador que se planta en una esquina y una tras otra, a todas las mujeres, sin distinción, les tira a quemarropa la misma bellatería.

Conviene aclarar que el piropeador de clase, también suelta de vez en cuando una enormidad de a kilo. Pero sabe a quien se la dice: aunque sea la primera vez que la ve. Porque en eso se distingue el buen piropeador del aprendiz. Con verle la cara y el andar a la chica que se

acerca intuye, adivina casi, el color del piropo que le caerá de medida. Y que puede ser rosado, celeste, azul, rojo, verde acituna o verde botella. Y las hay que soportan tan frescas el contrasentido cromático de un piropo que de puro verde se pasa de castaño oscuro.

Pero —queda dicho— el piropeador de pura raza sabe a quien puede decírselo y a quien no.

Y sabe, también, a quien no hay que decirle nada.

Por ejemplo, divisa a media cuadra a una muchacha que avanza. Por el modo circunspecto de caminar y por la mirada que al enfrentarse a la barra de muchachos se pierde en las baldosas, se ve que es seria. Y de una ojeada advierte el piropeador una novela de Dely en su mano. Lo que puede querer decir, también, que es romántica; El piropo en consecuencia será "azul".

No han pasado dos minutos cuando aparece en lontananza el reverso. Cimbreado, ondulado, batiente, una de esas mujeres que, caminando nomás, explican mejor que un profesor de astronomía eso de la rotación y el desplazamiento de los cuerpos. El piropo que se gana es irreproducible gráficamente, pero se lo merece. Y desde que lo oye en adelante camina con menos desplazamientos y rotaciones. De lo que se deduce que un piropeador inteligente también hace obra.

En legión pasan las otras. Y cada una lleva lo suyo. Según sea flaca o gorda, alta o baja, provocativa o insignificante. Sin olvidar a la fea que esa noche duerme feliz con el recuerdo de un piropo amable. Porque el verdadero, el auténtico piropeador, es en el fondo una bellísima persona.

Un día, insólitamente, pasa una chica y sucede la catástrofe. No se le ocurre nada y la garganta no le responde.

Se casa con ella. Es matemático.

CHERIS.



Siluetas de la ciudad (VII) por CHERIS

EL ENTERADO

HAY modos de saber. Está el que sabe que no sabe y está el que no sabe que sabe. Sub-producto un tanto desmejorado de ambos es el "enterado". El enterado no es instruido, ni menos culto; ni mucho menos, sabio. Es un enterado: vale decir, un sujeto que "está al tanto", una enciclopedia de informes y noticias al que nada se le escapa; un atrapador de novedades, nada más; aunque ya es bastante.

El enterado es el que sabe que ayer, en un aparte de una cena diplomática, la señora del Embajador X le sacudió una bofetada apocalíptica a un subsecretario de Estado. Y es el que sabe que en la mañana de hoy, un financiero apurado — que los hay, más de la cuenta — dejó trastabillando la caja de un banco. Lo sabe antes que nadie, mejor que nadie. Con pelos, contrapelo y señales. Es su especialidad.

Está por averiguarse si las noticias las oye o las huele. Pero la verdad es que siempre da en el clavo.

Con él no vale la socorrida manía de plantear problemas insolubles, como por ejemplo:

—Me gustaría saber cuantos empleados públicos hay en el Uruguay...

—Yo lo sé. Ciento setenta y ocho mil, doscientos once incluidos los eventuales...

Claro que es un tanto difícil

comprobar la veracidad y exactitud de las cifras del enterado como cuando alguien en tren de ala-



cranear, viborea:

—¿Así que se casa la hija del Doctor? Lastima que nadie sepa cuantos novios tuvo antes...

Sobre tablas contesta el enterado:

—Se sabe. Diecinueve y un negro. Datos fidedignos...

Lo bueno es que no miente.

Uno se imagina al "enterado" pegado a un ojo de cerradura, acechando secretos en la sombra, violando correspondencia, sonsacando o "sacando de mentira verdad", interfiriendo llamadas telefónicas, espiando a la gente y realizando en suma las mil y una maniobras del mortal (generalmente son mortales) que se pisan por averiguar la vida ajena.

Por lo general no es así. El enterado se entera porque sí; porque tiene un don especial para enterarse; porque de la misma manera que los mosquitos prefieren a un sujeto de sangre superglobulada en rojo, las noticias buscan al enterado sin que éste se moleste en salirles al encuentro.

Es el primero que se entera de que está por quebrar una firma fuerte, o que hay revolución, o que se ha declarado la viruela; o que Fulano acertó a la lotería con tres vigésimos. Es el primero en saludar a un papá flamante, en llegar a un velorio, en retirar los ahorros de un banco "corrido" y en acudir a presenciar un incendio. Porque de todo se entera casi a ras de los acontecimientos.

Y también es el primero — como no! — en enterarse de una liquidación, de un señor endeudado que malvende lo suyo, o de que el padre de su novia rica se ha arruinado.

El enterado está en todos los golpes. Pero no recibe ninguno.—
CHERIS.

agua Caliente

reluyendo rociador curvo de chorro.

el ciento \$

el ciento \$

el ciento \$

eluyendo rociador curvo de chorro

as partes de la vagina en círculo no

verde. En bonito envase de cajas

ANY

EL "MANGUELA"

La manga es una industria nacional con infinitas ramificaciones. Está, por ejemplo, el manguela aficionado, no oficializado, que trabaja por cuenta propia; y están los y las manguelas con brazalete y alcancia. Lo que hace el primero se llama pechazo; lo que hacen los segundos, colecta. Pero si se juzgan los fenómenos de esta especie por sus resultados, ambos a dos sistemas vienen a ser lo mismo: un asalto al bolsillo ajeno.

Entre los dos, desde luego, nos quedamos con el manguela por vocación. Nos saca los cobres lo mismo, pero se los gana.

Porque ser manguero, vivir de la manga, no es en definitiva una ganga, ni mucho menos una solución para vivir sin trabajar. El manguero, en última instancia, trabaja más de la cuenta, por darse el gusto de no trabajar. Y ejerce una profesión que no requiere título, pero que abona su paso por la universidad de la vida. Y cultiva un arte y una ciencia. Ya es bastante.

—oOo—

En efecto, los procedimientos del manguela resumen en cierto modo todas las ciencias y los artes. Un manguela, un doctorado auténtico en sable y pechazo, es psicólogo, es orador; sabe, como el escritor de fuste, sacar de la nada un argumento conmovedor hasta las lágrimas. Y se mantiene con dignidad en el justo límite que se pasa la petición al atraco. En resumen: ha solucionado el problema milenario de despojar al prójimo sin caer en la delincuencia. Y no se podrá negar que desde Arquimides a Einstein, ninguna lumbrera humana había logra-



do algo tan maravilloso.

El pechador de nuestro ambiente —¡oh manes de "Parra"!— es un consumado artista. Conozco algunos que han sableado con éxito a su propio acreedor. Y otros que tras una serie de fintas adecuadas le han sacado "para el almuerzo" al ruso de las mensualidades. En esta esgrima sin espada, los ases auténticos gozan su triunfo cuanto más difícil resulta el lance.

—oOo—

—Perdone, señor...

—Diga...

—Usted pensará que soy un atrevido pero... (bla, bla, bla)... circunstancias difíciles de la vida... (bla, bla, bla)... hay veces en que uno preferiría estar muerto antes que pasar la vergüenza de pedir... (bla, bla, bla) pero la necesidad... los hijos...

—¿Y por qué no trabaja?

—Sufro del corazón...

Claro que el candidato no es médico. Y aunque lo fuera, no tiene a mano en plena calle una toallita para auscultar al posible cardíaco. No hay más remedio que creerle. Y echa mano al bolsillo.

—Gracias. ¿Su domicilio, señor?

—¿Para qué!

—Yo no soy un pechador, señor. Y en la primera oportunidad pasaré por su casa a saldar la deuda...

Creer en esto es como creer en la paz internacional o en las aclaraciones del Ministro de Hacienda.

—oOo—

El verdadero manguela no explota un mismo cuento. Su imaginación es prodigiosa. Y sabe, además, con verle la cara, de qué pie cojea el mangucado. A veces pide para comer, otras veces para el alquiler, o para pagar el colegio de la hija, o para evitar ir preso por abuso de confianza. Su repertorio no se agota. Y hasta llega al supremo refinamiento: mangar sin mentir.

—Señor, necesito cincuenta centesimos...

—¿Y por qué me los pide a mí?

—Porque si usted no me los da... se los pediré a otro...

—¿Por qué no trabaja?

—Porque no quiero.

—¿Y no le dá vergüenza?

—No...

Y esa franqueza bien vale cinco reales.

CHERIS



EL "CONTRERAS"

JAY genio anímicamente incapaz de darle la razón al prójimo aunque se la reconozca en su fuero íntimo. Toda la insostenibilidad del "Contreras", toda la mala sangre que se hace, lo enemigo que se hace y el desgaste inútil de saliva que derrocha al cabo del día tienen su razón de ser en un prejuicio: el "Contreras" cree que una aprobación de actos o dichos ajenos supone reconocer la superioridad de otro y la propia inferioridad. No cae en la cuenta de que su ocasional contrincante no dejará de tener razón —y de saber que la tiene— por el hecho de que un contreras vitalicio se la niegue.

En todas las manifestaciones de la vida deja el Contreras su sello negativo. Si el resto de la humanidad le hiciera caso quedaría paralizado todo esfuerzo noble, todo intento de superación. Eran contreras los que se rieron de Colón, los que negaban que existieran microbios, los que suponían que la navegación a vapor era imposible, los que llamaron "embustero irresponsable" al inventor de la vacuna y los que retrasaron en doce años la aparición de la penicilina...

Tan "Contreras" —salvando las distancias— como el amigo que nos aconseja que no sigamos estudiando porque "nunca nos vamos a recibir" o que no nos presentemos a un concurso de oposición porque "de todas maneras, vamos muertos".

Pero donde se hace presente el Contreras en toda su virulencia es en los pequeños detalles de la vida diaria. Es el encargado de helar todos los entusiasmos y apagar todos los fuegos. Es el que ve únicamen-



te la arruga del traje nuevo; impecable, el que descubre que nuestra novia tiene una pata de gallo, el que nos jura que queremos tirar la plata cuando nos vamos en fija con un "dato" y el que nos amarga "porque perdemos la oportunidad" si no le jugamos. Es también el que dice que Pierino Gamba en un bluff, que nuestros cracks van a hacer un papelón en Río, que María Félix tiene várices o que Zully Moreno usa peluca. Es, en resumen, un exterminador de ilusiones, un aguador de entusiasmos. Es un "contreras".

Su crimen no consiste en ver, o en creer que ve, el lado negro de las cosas — que eso, a veces, puede ser sabiduría — sino en envenenar con su contrerismo a los que tienen la suerte de conservar el poder de entusiasmarse.

—Felicitame, viejo. Soy padre...

—Lo que corresponde es que te dé el pésame... si hasta ahora vivías medianamente, en adelante vas a pasar penurias. Los hijos son problemas para hoy e ingratitud para mañana...

O si no:

—Sabías? El mes que viene termino mi carrera...

—Te vas a morir de hambre... hay más médicos que quinieleros, pero con menos clientela...

Está también, esta variante:

—Me dieron un empleo magnífico en "Industrias asociadas"...

—Te compadezco... me consta que antes de tres meses se funde...

O esta otra:

—Que suerte tengo... conseguí tres entradas para ver "Corazones partidos".

—Trata de revenderlas... es un paquete...

Realmente, hay veces que, allá en el fondo, hemos deseado que la Parca se lo lleve de una vez a hacerle la contra a Satanás.

Pero él —de contreras nomás— sigue viviendo. — CHERIS.

ciudados — in Costura — Capacidad Grande

Agate

ROBEER COMPANY

Agua Caliente

Tapón enganchado.

el ciento \$

EL GLOBERO

En realidad, una vez conocido, es inofensivo. Y no engaña a nadie, ni él mismo. El globero es comúnmente un sujeto con excesivas ambiciones, que al no verlas logradas, las compensa con mentiras.

Por ejemplo, quisiera ser rico. Con todas las ventajas materiales y el relumbrón que la riqueza supone. Se pone, pues, en millonario; goza sus millones inexistentes sin la preocupación de cuidarlos ni el temor de que sus herederos estén deseando que reviente.

—Este año no me he decidido aún... no se si comprare un Bulek o un Mercury... le dice a alguien que pueda creerlo.

En realidad se las vería mal para financiar la adquisición de una bicicleta. Pero el gustazo de barajar la quimera ante un prójimo lo consuela.

También quisiera ser importante:

—Ayer cene con Enriqueto... Imagínate: amigos de la infancia. Me consulta todo...

«Enriqueto» es Don Enrique (aquí da dos apellidos chocando oro), presidente de once sociedades anónimas y dueño de medio departamento del norte, que lo saludó confundido hace tres años.

Pero además, no le desagradaría ser un genio:

—Estoy en tratos con la Metro... pero francamente, mi argumento o me lo pagan bien, o se buscan otro. Ya les dije... cuarenta mil dólares o nada. Prefiero regalárselo a la Cruz Roja.

Claro que el que antecede es el globero «non plus ultrar», el «Graff Zeppelin» de los globeros, con caídas al delirio de grandezas y epílogo ineludible de paranoico declarado. Los hay más modestos:

—Porque cuando le hice aquel golazo de media cancha a Mazzali...

—...y un día vino el Ministro y me dijo...

—El tipo era boxeador, pero después de la pateadura que le di no volvió a pisar un ring. Ahí está el finado Lopez, que no me deja mentir...

—...y conseguí una cita con Mecha Ortiz. Guardo las cartas...

—...entonces me arrojé al agua y salvé a los dos hermanitos. Me quisieron dar una medalla...

—Lo acorralé contra la pared y le dije: «Ud, será todo lo Jefe que quiera, pero a mí, a prepotencia, no me lleva a ningún lado».

—Hicimos una apuesta... el pobre Pichuco fué a parar al hospital. Yo, en cambio, me tomé toda la botella de caña... y ni un dolor de cabeza!

—...y el Director me llamó y me dijo: «Mire, yo no sé que haría sin Ud.».

Y sigue inflando globos. A la larga, ya no le importan que le crean o no. Su mujer (quince años oyendo milanesas de a kilo), no le cree ni el bendito. Lo que no impide que todas las noches, entre mate y mate, matiche el vicio con alguna guayaba:

—¡Para qué me lo habrá dicho! Lo agarré de las solapas y le dije de una hasta ciento... ¡Qué me importa que sea Comisario!

— CHERIS



¿QUE CIUDAD MACANUDA, CHE!

¿Cuántas personas trabajan en Montevideo?

Usted, eterno optimista, dirá que trabajan casi todos, o por lo menos la mayoría y, en el último de los casos, una gran proporción de los habitantes.

Cuentos.

Montevideo, que mejor debiera llamarse Vagogrado, Apollilaburgo o Atorantópolis, es una magnífica ciudad de rentistas, jubilados, desocupados, cesantes y aspirantes. Acá, como dijo uno, trabajar trabajan los giles. Y los giles son muy pocos, poquitos; cada día menos.

Observe usted si no, lo que pasa cuando media docena de obremos se ponen a reparar el asfalto. A los cinco minutos toda una multitud los observa. El cuadro es revelador: cinco montevideos trabajando y doscientos viéndolos trabajar. Además, la curiosidad y el interés tremendo que despierta el increíble cuadro de media docena de mortales que trabajan, determina que centenares de montevideos se queden las horas muertas mirándolos, con la boca abierta y como diciendo: "Mirá vos, todavía queda gente que se tiene que romper el lomo para comer".

Además, si esta no fuera una ciudad de vagos, sería imposible que, en las horas hábiles, todos los boliches y bares de la ciudad —que deben ser como veinte mil— estén llenos de tranquilos señores que apenas los abandonan para ir a comer. Sería imposible igualmente que en casi todas las esquinas se pasaran la mañana y la tarde infinidad de gandules, a cual más robusto y bien alimentado, sin hacer nada. Y sería imposible que los cines —cerca de doscientos—, los bancos de las plazas y cuanto atorradero público se conoce, estuvieran siempre ocupados en horas hábiles.

Además, fíjese usted, caro lector, con qué facilidad pasmosa se forma en esta ciudad una multitud. Suena una bocina en cualquier diario o se produce un accidente o un incidente o cualquier otra cosa notable, y en cinco segundos ya están apretándose unos contra otros, cientos y hasta miles de ciudadanos que después se quedan toda la mañana, o la tarde, comentando y alacraneando que es un gusto. Qué ciudad macanuda, ¿no?

Las razones de esta tendencia montevidéana a vivir de arriba son muchas. Por ejemplo, en otros tiempos un hombre de veintidos o veinticuatro años, era ya un respetable padre de familia que se deslomaba como bueno para mantener su hogar. Hoy en cambio, semejantes hombrones que venden salud, con veinte, veintidos y hasta veinticuatro años, siguen siendo para sus reblandecidos papás los "chicos", los "nenes" de la casa, muy tiernos todavía para ensuciarse la ropa o echarse a perder las manos ganándose el pan con el sudor de sus respectivas frentes. Como por otra parte esos papás —que andan a veces por los cuarenta o cuarenta y cinco años— ya hace rato que están jubilados, resulta que en la familia no trabaja nadie. En materia de trabajo los montevideos se consideran demasiado tiernitos hasta los veinticinco años, y pasada esa edad ya empiezan a buscar la manera de jubilarse.

Claro, después nos asombramos —y nos quejamos— porque los inmigrantes extranjeros se enriquecen en pocos años. Es que, aunque nos parezca increíble, esos... trabajan.



Mirror

TYER RUBBER COMPANY

Hacia el descanso absoluto

Buena porción de años hace, un selecto pero reducido número de compatriotas tuvo la humorada de fundar una agrupación denominada "Liga del Trabajo", la cual, naturalmente, desapareció casi nómata, porque los uruguayos, si por algo experimentamos inextinguible antipatía, — y lo demuestra palpablemente nuestra insalvable sed jubilatoria, — es por esa degradante y envilecedora palabreja.

¡Trabajador!, Phss! Trabajador viene a ser casi sinónimo de esclavo, y como nosotros siempre blasonamos de pueblo libre y liberal al extremo, enseguida respondimos a ese denigrante llamado al yugo multiplicando los días festivos, resumiendo todo lo posible la jornada de labor, implantando el sábado inglés y el descanso semanal obligatorio, — aunque rotativo, — y luego, para asentar los chorizos, les sacudimos por el cráneo con ese monumento conocido por horario de verano, la fórmula más peregrina en tal materia que se haya descubierto desde el período pleistoceno a la fecha, y de la cual somos exclusivos inventores, con patente registrada.

Y muy bien hecho. La religión del trabajo, como todas las religiones, tiene su dios, el "Descanso", y en este, como en todos los demás credos existen fanáticos que se consagran a su dios en cuerpo y alma. Nosotros siempre fuimos, — como ya se ha dicho, — liberales en materia eclesiástica, pero algún culto hay que profesar y un dios hay que adorar, y al dios "Descanso" adoramos y nos consagramos en cuerpo y alma.

Por lo demás, ¿qué es lo que prometen las otras religiones como premio a los creyentes sino el descanso eterno para después de muertos?

Más razonables, prácticos, nosotros hemos dispuesto ensayarlo en vida, con lo cual, ludadablemente, les llevamos la media arroba a todas las religiones descubiertas y por descubrir.

Claro que los de la "Liga del Trabajo", corridos y avergonzados, fuéronse disolviendo como la sal en el agua, y ya ni vestigios quedan, para felicidad nuestra, de aquella maléfica y retrógrada agrupación.

Y flotando al viento la Immaculada y santa insignia del atorrantismo, marchamos de cara al sol y con la fé en el alma, — fé derivada de la justicia de la causa, — hacia la conquista del descanso asoluto... pero con sueldo, si es posible.

Por lo pronto, los empleados de las oficinas públicas ya tienen, además de los quince días de asueto que se les acuerda anualmente y otros tantos que les proporciona la gripe, la semana de turismo, el mes de carnaval, los varios días festivos y cuatro horas como horario de trabajo, que se concretan a dos para atender al público y hasta a una como en cierta oficina cuyo título y misión no recordamos.

Con todo pueden pasar por laboristas extremados si se les compara con los caballeros que distribuyen justicia manipulando códigos y expedientes.

Estos hanse decretado, — aparte de las arriha especificadas sesiones de holganza, — dos ferias reparadoras, una de un mes, en Enero, y otra ahora en julio, de veinte días, la que trae por consecuencia que no haya litigio, por sencillo que aparezca, que se resuelva antes de cinco años, y eso si no median excusaciones de jueces u otros impedimentos de parecida índole, pues de lo contrario el pleiteante jamás llega a enterarse en su terrenal vida de la sentencia definitiva.

Y llegamos al tipo record, el de los profesores universitarios, con sus seis meses de vacaciones, — rentados, se entiende, — otro más que les proporciona la infalible huelga estudiantil, el goce de todas las festividades y a lo sumo diez o doce horas escasas de trabajo semanal, lo que no obsta para que a cada momento reclamen aumento de sueldo.

Claro que así, aunque se creen innumerables impuestos, no hay plata que alcance para cubrir el rubro destinado a instrucción pública, pero atentos a que nuestro "desideratum" es ir al descanso absoluto, el profesorado, unido al movimiento como un solo hombre, cumple de manera estricta su deber y nada hay que reprocharle...

Con los únicos que todavía mantenemos lucha es con unos cuantos gringos locos, los cuales se empeñan en seguir trabajando, sin duda por defectos de aclimatación.

Les caemos en todas formas, con gruesos impuestos y leyes reventadoras, pero nada, ellos siempre firmes en la brecha, trajina que te trajina, estupidamente, heroicos en su anticuado empeño de ganarse el pan con el sudor de sus frentes.

Pero ya caen, ya entrarán por el aro, pues bien dice el refrán que "en cada pueblo su uso, y a donde fueres haz lo que vieres".

EL 'PORTUGUES'

Dícese que cuando los portugueses ocuparon la Banda Oriental, —allá por la dichosa época en que las únicas industrias nacionales eran las velas, la corambre y el duelo criollo—, en su condición de vencedores decretaron que ninguno de ellos debía pagar nada en ningún lado. El portugués no era por lo tanto un "colado", sino un señor que al disfrutar de todo sin abonar nada, creía hacer uso de su derecho de conquistador y ocupante.

Los portugueses propiamente dichos se fueron. Pero quedaron los "portugueses" que se diferenciaban de los anteriores en que no nacieron en Portugal y en que llevan comilias. Pero su tendencia a entrar de garrón en todas partes sigue siendo la misma que tuvieron los soldados de Su Majestad Fidelísima.

En su asepsión limitada el "portugués" es el que ve teatro sin pagar. Pero un "portugués" auténtico (y todos tenemos algo de portugueses) no se detiene ahí. Si puede, viaja sin pagar boleto o asiste a banquetes y lunches de riguroso garrón. Es especialista en pescar esas delegaciones en las que, con poco trabajo (uno o dos discursitos, a lo sumo) suponen un viaje espléndido con recepciones, hospedaje en regios hoteles, espectáculos y banquetes corridos, todo de "arribua".

El "portugués" es eminentemente sociable y amigo de los amigos. Y jamas, aunque la amistad se reduzca a un apretón de manos una por el año del Centenario, deja de acudir a ningún acontecimiento grato a cualquiera de sus amigos: cumpleaños, bodas de plata, cumpleaños, homenajes, etc.. Y como con su memoria para recordar presentaciones, sus amigos suman varios millares, viene a resultar que el hombre se pasa la vida de convite, comiendo fino y bebiendo añejo sin mas erogación que los 0.05 para el bicarbonato.

Desde luego, un "portugués" que se respete no acepta cualquier cosa. Ver teatro no lo ve si no es plata, aunque lo corriente sea el palco. Viajar, viaja de primera. Y no pasa un hotel que no sea también de primerísima categoría. Su gusto es todo lo refinado y distinguido que supone la costumbre de ver, oír, degustar y disfrutar únicamente lo mejor. Que todo eso no le cueste un centesimo no hace mas que demostrar su superioridad sobre las pobres gentes que obtienen las cosas porque pagan. Y se sabe con tanto derecho a vivir de arribua que cualquier imitación que se le pretenda poner a ese derecho lo saca de las casillas:

—Voy a pasar el fin de semana a lo de Tito Pérez. Un desconsiderado, che; como el no toma no acepto mi sugerencia de que comprara un par de botellas de whisky. Y al verme ofendido por su falta de amabilidad me quiso arreglar con una de manzanilla. No voy mas...

De uno de sus frecuentes viajes en los que vive a lo príncipe, un "portugués" de clase suele volver con unos cuantos pesos encima. Le reclama indemnización al dueño del hotel porque le quemaron un pantalón (que lo llevo quemado) y transa por quinientos pesos con la empresa de aviación a la que amenaza con demandar por incumplimiento de horario.

Y una vez en su casa hace cuentas y decide solicitar por escrito a la entidad que lo envió de delegado, unos cientos más de viáticos por concepto de gastos extras.

—Es que esta bien que me sacrifique apechugando con una misión al extranjero desinteresadamente... pero no voy a perder plata encima, che...

CHERIS.

Número 3



TYER RUBBER COMPANY

EL "RONCADOR"

Hay tres maneras de conseguir lo que uno desea en la vida: 1º Consiguiéndolo; vale decir, ganándolo a méritos, a trabajo o a viveza. 2º Llorando; o sea pidiendo por caridad lo que no se sabe ganar con el propio esfuerzo. Y, 3º "roncando", es decir, prepotenteando, exigiendo, o, mejor aún, tomando a prepo lo que no se sabe ganar ni se quiere pedir.

El "prepo", el "roncador" se hace presente en todos los órdenes de la vida. Generalmente luce una estatura y un peso que lo ayudan. A veces, simplemente, se vale de una voz autoritaria y sonora. Y hasta sucede que sin voz, ni peso, ni estatura, se vé más de un prepo arremeter y triunfar.



La arremetida y el triunfo se suceden en lo importante y en lo insignificante. Está Vd., por ejemplo, haciendo cola en el hall de un cine durante tres cuartos de hora, peleando como bueno por conservar el puesto, sudando a mares y recibiendo pisotones traumatizantes en serie. Un minuto antes de empezar la función, cuando Vd. está a punto de ver compensado el plantón heroico, entra al cine un señor, se acerca a la fila, lo aparta de un empujón y se coloca delante suyo como si tal cosa. Eso es la "prepo".

Vd., desde luego, intenta una tímida protesta. El señor se da vuelta, lo desintegra con una mirada conmisericordia y le grita: "Y a mí que me importa; Si no sabe con-

servar su puesto, aprenda a ponerse los pantalones!" — Eso, claro, es el "ronca".

En nueve de cada diez oportunidades la roncada surte efecto. Vd. no se siente con el suficiente temple para desafiarse a ese basillisco.

Es una lástima. Porque si Vd. hubiera juntado el coraje suficiente para pegar dos o tres gritos a título explorativo, el roncador se hubiera sacado el sombrero y después de pedirle disculpas le hubiera cedido el puesto.

Porque el "roncador" es tal a condición de que nadie le ronque más fuerte.

El "ronca", en suma, es un sujeto que ha hecho un descubrimiento y sabe explotarlo. Ha descubierto, simplemente, que la mayoría de los plantigrados humanos de pelo en pecho por flojera, por comodidad, o porque les espanta el bochorno y la intervención policial, calculan que resulta más barato dejarse soplar a ronquidos que hacer frente al roncador. De esa comprobación, rigurosamente exacta en el noventa por ciento de los casos, surge el "roncador", como quien dice profesional. Es el que en baile le saca la compañera, el que le grita al vendedor de tienda y al guarda de omnibus; el que de tres roncadas toma cuatro copas y paga dos; el que se da vuelta en el estadio y le dice a uno chiquito: "¿Qué decía Vd.?! Ah, me parecía, no más..." Es, en fin, el que entra en el despacho del jefe y le dice a quemarropa:

—Vengo a reclamar el aumento!

El Jefe podría decirle que no tiene antigüedad ni méritos suficientes. Pero el "ronca" ha hablado tan fuerte y con tanta seguridad que el Jefe —que tiene sus guardias civiles muertos y su talón de Aquiles— piensa que sería más cómodo no provocar las ignoradas iras del ronca. Y accede.

Esa noche, en el café, el "Roncador", más roncador que nunca, se supera:

—Deme una caña triple! Acá hay un hombre... y me gustaría que alguien opinara lo contrario!

Mira en su derredor. Los cuatro que juegan al tute se encogen. Los curdas habituales, cancheros viejos, no se dan por aludidos. Y hasta el matón del barrio, con dos muertes encima, piensa que no le resultaría saludable otras vacaciones pagas en Punta Carreta. Y se hace el distraído.

Según como se le mire, el «lunfa», lejos de destruir el idioma, lo enriquece con vocablos que si suenan mal a los oídos delicados, terminan muchos de ellos incorporándose al idioma a través del espaldarazo consagratorio de la Real Academia. Es, por lo tanto, un ultra-académico, ya que en vez de dedicarse a cuidar y conservar el idioma que hicieron otros, tiende a remozarlo, ora creando o difundiendo neologismos que el tiempo afieja, ora haciendo lo propio con barbarismos que la costumbre termina por civilizar.

Para el lunfa el trabajo es yugo, la buena suerte tarro, enojarse, rechiflarse; pegar el raje, huir. Si anda mal del bolsillo dirá que está seco o pato y que pasa mishladura. Al alboroto le llama pamento; al desastrado, perchento. Sus nociones de anatomía pueden resumirse así: la cabeza se llama balero, mate o coco. Naso la nariz, gambas las piernas, camambuses los pies, etc. En cuestiones económicas, el lunfa también forma rancho aparte. El dinero es vento; el peso, mango o morlaco; el rico, bacán; el ricacho, bacamazo; los centésimos o monedas, chiro-las. Y así, hasta formar todo un dialecto con veleidades de idioma.



Claro que al que «la va de fino» lo saca de quicio, eso de llamarle paica, grela, mina, piba, pebeta, cosa, a toda una dama; dama que además puede ser churro, budinazo, loro, garaba, fulera, escracho, fané y descangallada. Más aun,

cuando se entera de que la depositaria de tan estrambóticos calificativos «le dió dique a un gil por la guita, y cuando el otario se avivó y ya la tenía junada, lo amuró, afanándole todas las pilchas del bulín y quemándole la catrera», historia que tiene que mandar traducir de punta a punta. Como aquel industrial español al que se le inundó un día el depósito porque el sereno se habia quedado dormido, y quiso averiguar la causa.

—Pero dime, hombre. ¿Qué te pasó anoche?

—Disculpe patron. ¿Sabe?... estaba en curda..

—¿En qué?

— Que me agarré un peludo barbarol

—¿Un peludo? ¿Entró un oso?

—Usté no agarra la onda, trompa; lo que quiero decirle es que me agarré una mamúa fenómeno...

—¿Una ma qué?

—Ufa! ¿No sabe castellano? Digo que estaba duro, en pepe... que me mandé unas virundelas de más...

El «trompa» opta por pedir a la librería un diccionario lunfardo - castellano.

Conoció otro extranjero ilustrado que vino al Plata para recoger datos con destino a una obra que estaba escribiendo: «El folklore hispano-americano». Al hombre lo llevaron a una radio para que escuchara a un cantor criollo y tomara de sus canciones los apuntes para su tesis.

El culto ensayista se arrellanó comodamente en un sillón de la fono-platea, y se dispuso a comprobar sus teorías sobre la unidad del cancionero hispano-americano.

Y arrancó el cantor:

«¿Qué quedó de aquel jallengo
que en el juego del amor
decía siempre: Mucha efe
me tengo pa' tallador?
Dónde están aquellos brillos
y de vento aquel facoy
que diqueaban poligrillos
con las minas del convoy
Y esos jetras tan costosos
fungi y tarros de un color
que de puro asparentoso
los tenías al por mayor?
Y esas grelas que engrupido
te tenían con su amor?
No manjás que vos has sido
un illunfro de mi flor?

por **CHERIS**

Siluetas de la Ciudad (XV)

EL "LUNFA"



TYLER RUBBER COMPANY

El ensayista tomó estos apuntes: «El folklore del Río de la Plata está lleno aún de reminiscencias coloniales. En sus pintorescos versos se habla todavía de las minas (posiblemente del Peró) y abundan las avocaciones poéticas a la flor del gualstro, y otras referencias a la flora indígena.

Y por ahí siguió.
Es candidato al Premio Nobel.

CHERIS

EL "LATERO"

El hablar mucho o poco es cosa que no tiene nada que ver con lo que se tenga que decir. Hay quien le cuenta un viaje a Europa en cuatro frases y quien habla una hora corrida para explicarle lo que a él le pasó en dos minutos. Se nace latero como se nace pelirrojo o zurdo. En realidad, la «laterías» es una enfermedad que sufren todos, menos el latero mismo. Porque él, el enfermo, goza y se deleita. Los que padecen son los otros, que deben aguantarlo.



Lo de menos es oír a un latero discursando. Al fin y al cabo, quien va a oír un discurso sabe que debe escuchar y callar. Un latero en la tribuna está en su elemento. Lo bravo es cuando usted no ha pensado oír un discurso y se lo zampan sin lugar a apelación. Puede ser en una rueda de café, en el club, en una reunión familiar, en un picnic o en una entrevista cualquiera. Porque el lugar es lo de menos, ya que el latero alevoso precisa bien poca cosa para perpetrar su atentado: no estar afónico y tener alguien que lo escuche.

Por ejemplo, se ha suscitado una animada conversación sobre los platos voladores. Algo ameno, entretenido, cuyo encanto reside, precisamente, en el cambio rápido de opiniones sobre un suceso actual bajo todos los puntos de vista. El latero, por lo general, no está en condiciones de aportar nada nuevo. Pero recuerda que oyó en el ómnibus que el primo de un amigo del socio de su compañero de viaje había

leído un artículo sobre los platos voladores. Ya está:

—Eso de los platos voladores, según como se le mire, tiene su historia... (un cuarto de hora aburridísimo de antecedentes)... ...es como lo que le pasó a mi primo Perico, el que tenía un puesto en la esquina de Guaviyú y... y... (lo horrible es cuando el «latero» no se acuerda de un detalle que no viene al caso)... bueno, lo tenía en la punta de la lengua... ese primo mío — primo hasta por ahí nomás, porque en realidad era conuñado de la mujer de mi primo. ¿Te acordás, mi primo Leopoldino? ¿Cómo no te vas a acordar? Aquel que... (otro cuarto de hora de genealogía)... bueno, el tipo resulta que... en fin, hay casos que más vale olvidarlos porque... (otro cuarto de hora de filosofía baratísima)... entonces, el plato volador viene a ser algo así, como quien dice, que... que, en fin, que la gente habla y ahí está el plato para que hable la gente...

En resumen, no ha dicho nada. Una hora soporífera, aplastante, criminal, para no decir nada. La animación se disipó, el tema palpitante quedó gastado. La rueda de amigos se despidió con desgano. Y cada uno marcha a su casa, triturado, laminado por un quintal de hastio y doloridas las quijadas de tanta bostezar.

El latero, en cambio, que ha arrojado de sí veintitrés mil palabras, se queda en el café porque aún le sobra rollo.

Hasta la madrugada no para.
Después habla en sueños.

CHERIS.

EL RASQUETA

Un rasqueta es un señor que le amarga la existencia a los demás, y que comienza enfermándose del hígado, y acortándose la vida por tomar a la tremenda lo que el resto de los mortales toma a broma o no tiene en cuenta.

En el entreacto de un cine, por ejemplo, mientras ochocientos espectadores conversan, compran golosinas, miran el programa, afilan y se critican normalmente, el rasqueta está mirando el reloj a la espera de que llegue la hora de iniciar la sección y que ésta no se inicie.

Punto y momento en que increpa al portero (se sienta en las últimas filas para tener el acomodador a mano). —Esto es un abuso! El programa dice que la película empieza a las 21 y 15... ¿Qué pasa?

—Ya va a empezar, señor.

El rasqueta espera cinco segundos más y protesta otra vez. El acomodador se encoge de hombros resignadamente. Tres segundos más y el rasqueta inicia un escándalo en toda la regla, en el preciso instante en que se apagan las luces y comienza el espectáculo, con diez segundos de retraso.

Claro que con eso no lo arregian al rasqueta. No faltaba más! Es él que sisea apenas oye que alguien habla o se ríe más fuerte de lo debido; es el que se desploma pateando si la pantalla se oscurece; y, desde luego, es el que arma un berrodo de mil demonios con silbidos y patadas, si la película se corta.

Cuando se va, mira al acomodador, al portero, al boleterio y al gerente como a enemigos personales. Porque la película no le ha gustado. Y es siempre la voz de un rasqueta la que se oye en la aglomeración de la salida:

—¿Qué porquería! Esto es robar la plata. Yo no vengo más el cine!

VEINTICUATRO HORAS EN LA VIDA DE UN RASQUETA

7 DE LA MAÑANA. — Se levanta. Le arma un quibabe a su hijo porque le ocupa el cuarto de baño.

7 Y 15. — Le protesta a su mujer porque la camisa que le da tiene una arruga en el puño izquierdo.

7 Y 30. — Le arma un lío a la sirvienta porque el café con leche está frío, o muy caliente. O ni muy frío, ni muy caliente.

7 Y 35. — Sale a la calle. Incidente con el canchilto porque anoche no le trajo el diario.

7 Y 40 - 7 Y 42 - 7 Y 50. — Tres incidentes con el guarda de ómnibus. Uno por darle salida al coche antes de subir, otro porque se retrasa en el cambio, otro porque no hizo parar a tiempo. Hay cuatro o cinco pre-incidentes con otros tantos pasajeros, porque lo pisaron, o lo apretaron, o le dieron un codazo.

8 Y 10. — Protesta contra un compañero de oficina que al abrir una puerta le hizo volar los papeles.

8 Y 15. — Queja contra el cadete porque mantiene la puerta cerrada y hace calor.

DE LAS 8 Y 15 A LAS 12. — Diecisiete protestas, nueve quejas y tres incidentes con diversos compañeros (promedio bajo; un día tuvo nueve incidentes, once quejas y veintisiete protestas).

12 Y 5 - 12 Y 7 - 12 Y 15. — Los mismos incidentes de las 7.40, 7.42 y 7.50, con otro guarda.

12 Y 30 A 13 Y 30. — Once quejas a su mujer por los platos del almuerzo, equitativamente distribuidas. (Por lo general, 2 por la sopa, 3 por el primer plato, 4 por el segundo, 1 por el postre y 1 por el café).

14 Y 30 - 16 Y 30. — El doble de quejas, protestas e incidentes con los compañeros de trabajo, en relación a la mañana. (El rasqueta se pone más rasqueta a cada hora que pasa; se supera).

17 HORAS: EN EL CAFE. — Mozo! ¿Hasta cuando voy a esperar que me atienda? — **17 Y 5:** Mozo! Estas papas fritas están viejas! — **17 Y 10:** Patrón! Apague esa radio! Yo no vengo a oír el Sodre sino a tomar un aperitivo! — **17 Y 12:** ¡Setenta centésimos por esta agua turbia con papas viejas! ¿Por qué no va a robar a los caminos? Dígame al chupasangre del patrón que yo no piso más este inmundicio antro M explotación! (Pero vuelve; no porque no pueda pasarse sin tomar su aperitivo, sino porque no puede pasarse sin tomar su rasqueteo, que debe ser su verdadero aperitivo).

17 HORAS A 24 HORAS. — Protesta por... queja por qué... incidente con...

24 Y 15. — Se duerme soñando que está en el cielo. Le han puesto un batallón de ángeles, para que le busquen motivos para quejarse y protestar. Un verdadero paraíso.

Porque en el fondo, al rasqueta, le encanta rasquetear. — **CHERIS.**



"EL QUE SABE CUENTOS"

El saber cuentos "no tiene nada que ver con el "saber contarlos". Una persona de buena memoria puede acumular en su cerebro algo así como dos mil trescientos cuarenta y tres "sucédidos", chascariños y frases ingeniosas. Pero eso no quiere decir que le sirvan para nada. Hay quien sabe divertir a miles de personas a través de un año, con uno o dos cuentos bien contados, y hay quien aburre mortalmente a un prójimo con un repertorio inacabable de chistes que no sabe contar.

El cuentista de cuentos — porque

¡VELLORO DI JO..



el cuentista del tío es otra cosa — se revela generalmente en los velorios. Será trágico, pero es así. Un prójimo entre cuatro velas, completamente difunto, oíría, mas cuentos, si pudiera oír, que los que oye en toda su vida. Graciosísimos casi siempre, aunque el personaje central, por razones obvias, no los festeje.

—¿Saben el cuento del loro?

Puede responderse que sí o que no, y las probabilidades de acertar serán idénticas. Porque nace un cuento del loro cada día. En orden decreciente le siguen el cuento del judío, de la viuda, de la chica que se va a casar, del paisano en la ciudad, del que oye tras una puerta, del inglés del ferrocarril y otros igualmente corrientes pero no tan mencionables.

"El que sabe cuentos", por lo general, falla en lo fundamental. No hace un cuento, sino una novela larga como esperanza de empleado público. Segunda falla: los adorna con agregados de su cosecha que no vienen al caso y que convidan cordialmente al bostezo. Tercera falla:

empieza a reírse antes de terminarlo, en el mismo momento del desenlace. Algunos de los oyentes no entienden entonces el fin, y se ríen por compromiso. El cuentista debe repetir el epílogo. Y cuento cuyo epílogo se repite pierde toda eficacia.

Además, "el que sabe cuentos" no sabe, a veces si son o no oportunos. Está el que lanza un cuento de presos en la casa cuyo jefe de familia vivaquea en Punta Carreta contra su voluntad. Está, también, el cuento clásico que alude al adorno entre defensivo y ornamental de los vacunos, contado ante quien puede sentirse aludido. Y están el cuento del narigón, del bizzo, del pelado, etc., que "el que sabe cuentos" arroja sin tomarse el trabajo de mirarle la cara a sus contratarios, uno de los cuales, en una de esas, lo está bombardeando con la mirada.

Aguantar al que sabe cuentos equivale a hacerle frente a una plaga. Hay gentes que cuando no viven oyendo un cuento y tomando nota del mismo, viven contándolo. El resto de la vida no les interesa. No entienden que eso de contar u oír un cuento requiere su momento y su lugar. Y que un cuento bueno es tal a condición de que la versión no sea mala, y que el cuento no sea viejo.

—¿Sabes el cuento del ruso que fué a cobrar la mensualidad?

—Sí, querido... Juan Díaz de Soñis se lo contó a los charrúas y por eso lo mataron...

—¿Y el del andaluz que se cayó de la Giralda?

—Ese lo contó Matusalén cuando era niño...

—¿Pero a que no sabes el del marido que llegó a las tres y...

—Mirá, ese se lo conté a tu papá quince años antes de que vos nacieras.

El que sabe cuentos no se da por vencido.

—¿Y el del loro?

—Bueno ¡contámelo!

Al fin y al cabo con tres bostezos y una mueca que asemeja lejanamente a una sonrisa, quedamos cumplidos.

Cheris.



EL "SECANTE"

Tener la propiedad de secar, nacer escorchador, no deja de significar un problema para el agraciado y para sus próximos inmediatos. El secante seca porque sí, porque no puede tocar un tema sin hacerlo aburrido, ni participar de un festejo sin aguarlo, ni tratar a un ciudadano más de treinta segundos sin escorcharlo en grado superlativo. Porque de la misma manera que un gracioso nos hace agradable un viaje aburrido, un secante nos vuelve aburrido un viaje agradable. Domina el secreto de hacerse pa-

quete en diez minutos de contacto, aburridor en un cuarto de hora, insoportable en media hora y pasible de asesinato premeditado antes de la hora cumplida.

No se sabe a ciencia cierta en que consiste el secreto de un «seca». Ni si sus propiedades secantíferas provienen de la apariencia, de la voz, del tono, de los gestos, de lo que dice o de cómo lo dice. O si radica, simplemente, en su inoportunidad.

Porque ante todo el secante es insoportable. Una noche, por ejemplo, el padre de su novia (la de Ud.; no la del secante) se ha quedado a trabajar en la oficina, la madre guarda cama con reuma a la rodilla y las hermanitas se fueron al cine con la tía. Además, hay apagón en el barrio.

Es cuando aparece el secante en la persona del vecino de al lado.

—¿Qué cosa esto del apagón ¿eh?

—Hum! — dice Ud. para no

quedar por mal educado.

—¿Sabe? No sólo el barrio, sino todo el sur de la ciudad está a oscuras...

—Ajá!

—Yo creo que en estos casos convendría tomar medidas.

—Ejem...

—Hay que ver que esto se presta a cualquier accidente y hasta a un asalto.

—Ah!

—Porque si yo fuera autoridad... Y por ahí sigue. Hablando él y agotando Ud. sus interjecciones. Cuando se decide a despedirse, el apagón se acabó, volvió el padre del budín de la oficina, las hermanitas y la tía del cine, y hasta la mamá se sintió mejor y le lleva el ovillo de lana para que la ayude a desmadejarlo.

Suerte que Ud. dejó el revólver en casa.

Al secante se lo encuentra Ud. en la esquina, y mientras empuja y acaba el hombre de preguntarle por la salud de su señora, y hablarle de que «hoy amaneció fresco pero a esta hora está muy agradable» y otras cosas fundamentales, le hace perder al hilo tres omnibus. Está Ud. otro día en su oficina con una pirámide de papeles por revisar, con tres señores de visita y otra docena esperando turno, y el secante lo llama por teléfono. Ud. le explica tiernamente:

—Mira, disculpame, estoy atareadísimo y con un mundo de gente. ¿No podrías llamarme más tarde?

—Sí, cómo no! ¿A qué hora?

—Y... a las siete.

—¿Te llamo ahí mismo?

—Claro.

—¿Pero vos no te vas, no?

—No, hombre; no me voy.

—Te digo porque es un asunto importante y no quisiera que...

—Sí, sí, ya sé, pero ahora...

—Claro, ahora no tenes tiempo. Por eso llamaré a las... ¿A qué hora me dijiste?

Lo que sale de su garganta no es una hora, es un anatema:

—A las siete!!!

—Ah, sí! Y allí mismo, ¿no?

—Sí!!! — dice usted desfalleciendo.

—Bueno, no quiero hacerte perder tiempo.

—Hasta luego, entonces.

—Escuchá un momento! No te vayas a ir, mirá que...

Del trancazo que le da usted al aparato, le parte en cuatro pedacitos el auricular.

Es, propiamente, un golpe de teléfono.

CHERIS.



Jeringas de Bulbo



TYER RUBBER COMPANY

—Escuchá un momento! No teayas a ir, mira que...
Del trancazo que le da usted el aparato, le parte los cuernos
pedaños el auricular.
Es, propiamente, un golpe de teléfono.

CHERIS.

Siluetas de la ciudad

por **CHERIS**

EL "ELEGANTE"

Los europeos dicen que el elegante americano confunden elegancia con «novedad». Novedad en el sentido de la moda y de lo flamante y tienen razón. Porque no hay elegante nuestro que no parezca, propiamente, un muñeco de sastrería. El traje es tan rabiosamente nuevo que uno le busca sin querer la etiqueta con el precio. Los zapatos, la corbata, la camisa, todo es o parece recién estrenado. Dan ganas de agarrar al dandy, inmovilizarlo con algún fluido apropiado y colocarlo en una vidriera.

Es que nuestros elegantes no han caído en la cuenta de que la elegancia no radica en lo que se lleva, sino en «cómo» se lleva. El dandy made in America entiende la elegancia como exhibición de poder económico. Si lleva unos zapatos visiblemente caros y un traje de casimir extranjero; si apesta a la legua a extracto de precio, el hombre estará casi seguro de lucir impecable. La seguridad se convertirá en certeza si puede ponerse un brillante en el meñique y fumar cigarrillos carísimos.

Ser elegante a ese estilo debe ser un «capo laboro». Desde que da el último toque a su vestimenta hasta que se acuesta, el Brummel criollo es un esclavo de su debilidad. Se niega todas las satisfacciones y se las arregla para acumular sobre sí todas las incomodidades y limitaciones. No conoce el gusto de recostarse en una pared, o de sentarse cómoda y desparradamente. Y trabaja todo el día; sí, TRABAJA, con todo el despilegue de atención y esfuerzo que el trabajo requiere, para mantener la línea: Que los puños no se escondan dentro de las mangas o se salgan demasiado; que la corbata esté en su sitio, que no se ladee y que luzca su nudo en la medida y la forma requeridas. Que no se le hagan rodilleras al pantalón. Que al sentarse se vean las medias, pero no mucho. Que éstas no estén ligeramente plegadas. Que los pliegues del pañuelo afloren como es debido y que el mismo pañuelo no se deslice dentro del bolsillo o se lance como un abanico afuera.

No puede tampoco el dandy forzado fumar un cigarrillo tranquilo ni tomar un café sin otro problema que tomarlo. El miedo a la ceniza o a la gotita es casi pánico. El pocillo de café lo sorbe con la cabeza y el tronco estirados hacia adelante en la más inelegante de las posiciones.

Y no es la única inelegancia cotidiana en que incurre por salvar «su» elegancia.

* * *

Ahí lo tienen paseando orondo por 18. Tieso, preocupado; monumento de afectación y artificialidad. Nada es natural en él. Ni el caminar, ni los gestos, ni la sonrisa, ni el apretón de manos. Todo lo complica, lo fuerza y lo retuerce.

El falso elegante es un desharrapado mental, más opaco por dentro cuanto más brilla por fuera.

Cerebro remendado sobre una percha a la última moda.

CHERIS



TYRIAN RUBBER GOODS

Ya, antes de venir al mundo, el «Timbero» apostó con su hermanito gemelo a quien nacía primero. Y ganó. De ahí arranco su carrera. En el comienzo de la carrera de todos los timberos está el «duice», la jugosa ganancia inicial, que los engolosina y los sumerge para siempre en la vorágine de la timba corrida. Unos, los más predispuestos, se descubren a sí mismos como timberos por vida, al comprobar a los seis años que prefieren jugar a la boita antes que a la mancha o a la ronda catonga. El timbero nato, por lo general, posee una facilidad desampañante, no sólo para aprender de un tirón cualquier manera de jugarse la camisa, sino para dominar hasta el virtuosismo cualquier juego.



—Bah! Mañana me desquito...
Ahora tiene cincuenta y ocho años y sigue diciendo lo mismo.

Desde luego hay timberos parciales y universales. Está el que se precia de no haber pisado un hipódromo en su vida porque, en realidad, se timbea cuanto tiene a la lotería y a la quiniela. Está también el burrero que a veces matiza su fervor turfístico con una pasadita por la «rula». Y está el ruletero de alma que, por variar, se juega algunos boletitos de vez en cuando. Pero el timbero universal, capaz de jugarse la plata a lo que venga, es el más interesante.

—Ando en la mala, viejo... Anoche pegué triplete en la rula y me sequé en punto y banca...

—¿Volviste por el desquite?

—Es lo que iba a hacer... pero en el camino me encontré con el flaco Rivadavia y nos fuimos a hacer una partidita de monte.

—Y entonces fuiste a la rula...

—Casi voy. Pero cuando iba a tomarme un cafecito me encontré al gordo López en una barra de gofo... al principio no me fue mal, pero a las tres de la mañana me tuvieron que prestar para el ómnibus.

—¿Te dan revancha?

—Me dieron... pero no pude ir porque en la sexta de Las Piedras me quedé sin medio...

—Empeña el reloj...

—Ya lo empeñé para pagar una partida de tutte...

—Entonces vendé la papeleta...

—No puedo. Me la jugué al siete y medio...

Querer volver a un timbero por la buena senda es como intentar convencer a un cuzco de que los huesos le hacen mal al hígado.

—La timba va a ser tu tumba...

—Y... mientras en el cielo haya carreras, tanto me dá viajar al otro mundo como quedarme en éste... Y tiene que haber, porque si nó no sería cielo...

—Pero es que te vas a quedar en la calle...

—Bah! Ya me llegará la buena racha.

—¿Y si no llega?

—Va a llegar! ¿Apostamos algo?

A los doce años, amén de las boitas y las aguritas, que ya empieza a despreciar como cosa de niños, el timbero de alma se juega los vintenes del cine a la escoba y los que debía destinar a choculines a «sol o números». Desde ya, claro, las empieza a pasar negras. Un día, por ejemplo, se patina al siete y medio los pesos del abono tranviario, lo que le significa cuatro viajes de veintitantas cuadras por día entre la escuela y su casa. Otra tarde, pasando por alto como auténtico timbero, las diferencias sociales, se mezcla con un grupo de «canillas» que matan el tiempo antes de la salida de los diarios desplumándose al seven eleven con la misma elegante indiferencia con que un Duque se arruina en Montecarlo. Y el pichon de timbero deja en el asfalto lo que le habían dado para comprar libros y cuadernos.

En ese momento se hace hombre cabal y timbero vitalicio. Porque en vez de llorar a moco tendido como correspondía a su edad, se encoge de hombros:

El avión se venía al suelo sin remedio. Todos los pasajeros se tiraron con paracaídas. Pero el del timbero no se abrió. Y cuando descendiendo como un rayo pasó frente al compañero de viaje que se balanceaba suavemente bajo el paracaídas abierto, se despidió a su modo:
—¿Vamos cinco pesos al que llega primero?

CHERIS.

Siluetas de la Ciudad (XXI) por CHERIS

EL TIMBERO

de



TYER RUBBER COMPANY

El "Canchero Viejo"

A viejo llega cualquiera que sepa sortear más o menos elegantemente la valla de los sesenta. Pero a «canchero viejo» llegan pocos, sin perjuicio de que algunos se hagan acreedores al título mucho antes de que «la nieve del tiempo» platee su sien.

Pongamos por caso, en la esquina de Dieciocho y Convención, un camión de la Ancap cargado de nafta se va sobre un ómnibus cargado con doscientos pasajeros. Explota el tanque, y el ómnibus, levantado por los alres, va a caer sobre una columna de escolares,

luego de lo cual se mete todo incendiado en un cine lleno de público, al que prende fuego y que se desploma.

Aquello convida a llorar a los postes tranviarios. La gente se desmaya por docenas. Otros se arrancan el pelo, cuatro o cinco se suicidan y más de veintiocho prójimos se mueren de la impresión. Todos chillan, corren, se chocan y se estreñan contra la pared.

En cambio, recostado en una esquina, un tipo, comenta limpiándose las uñas:

—Parece que se armó. ¿No? Ese es un «canchero viejo».

Por definición el canchero viejo es un prójimo que de tanto ver y tanto vivir, ya nada le impresiona. Y que en uso de una experiencia enciclopédica encara los contratiempos matemáticamente, como hay que encararlos. Su fortaleza no es fuerza, es calma. No pierde la línea, no se acalora, toma las cosas como las cosas quieren venir. Y con el mismo gesto,

entre indiferente y sobrado afronta, las buenas y las malas.

Porque el «canchero viejo», desde luego, está sujeto a todos los vaivenes de la vida, que a todos nos pueden tocar. A lo que no se sujeta es a la reacción con que casi todos las encaramos. A él puede caerle la grande y llenarlo de oro, o caerle una maceta y llenarlo de chichones. Pero lo difícil es que por esto se ponga a llorar o a increpar y que por aquello salte de alegría. Si algo lo alegra no lo demuestra; si algo le duele no se le nota.

Ha aprendido una verdad que en el fondo todos tenemos sabida, pero a la que pocos se ajustan llegado el caso. Y esa verdad es que no hay ser más débil y propenso al ataque de los lobos humanos que el que se deja llevar por una «contentenza» desbordante o el que demuestra un «abatamiento» sin levante.

El que no aparenta temor aunque por dentro se esté muriendo de miedo, el que no se pone colorado aunque el papelón sea de alquilar balcones, el que no se inmute aunque la cosa sea para arañar paredes, tiene la mitad de todas las batallas ganadas.

Y el «canchero viejo» es eso. No un sujeto que no siente, sino un sujeto que no se deja sorprender en sus sentimientos. Camina por la vida olímpicamente. Su indiferencia no es descuido. Precisamente sabe que una máscara indiferente es la mejor coraza contra el ataque ajeno, porque la chacalería terrestre suele arrojarle contra los temblorosos.

Una noche el canchero viejo vuelve a su casa. En la semitiñebla se le acercan dos sujetos, de los que el más chico pasó el uno noventa y el más bonito se parece a Frankenstein.

—La bolsa o la vida!

El canchero viejo, en vez de desmayarse piensa despacito.

—Bolsa no tengo... ¿Y la vida, para qué la quieren?

Frankenstein y el otro se miran desconcertados, porque realmente no se les había ocurrido que con pedir la bolsa quedaban cumplidos.

El canchero viejo los aparta suavemente con ambas manos y mientras pasa por entre ambos, saluda:

—Buenas noches muchachos...

Y al llegar a su casa, de puro canchero, no le cuenta nada a su mujer.

CHERIS.



el Chevrolet...

De pronto en la calle suena un estampido horrisono. Uno de los contertulios se asoma pero vuelve tranquilizado:

—No es nada, el Chevrolet que reventó un neumático. Che, pardo Lima ahí vino... ¿Pero dónde está el pardo Lima?

El pardo Lima está desmayado bajo una mesa.

CHERIS.

Siluetas de la Ciudad (XXIV), por CHERIS

EL MACHETE

Hay quien dice que se quedó petizo para no gastar calcio. Tal vez sean calumnias, pero el hombre —posiblemente por ahorrar la ringe— nunca lo ha desmentido. Ahí anda, forrado de oro y muerto de hambre. Cuanto mas tiene, menos gasta. Nunca ha disfrutado de nada, porque una de dos: o no invierte un centesimo en darse un gusto, o si lo invierte, se amarga tanto que mas le valiera no desinbolarlo.

No ha comprado auto y rara vez sube a un omnibus. Debía pagar un impuesto extra al Municipio por gastar tanta vereda. Ha rebajado de peso, no solo para ahorrar comida, sino porque calculó que pesando menos gastaría tambien menos suela. Rara vez se sienta para no gastar los fundillos. Dicen que el traje que tiene, fue el primero que se puso de pantalón largo en épocas de Viera. Posiblemente otra calumnia.

Sus dias están contagos. Desde la tarde que vió la cuenta de la luz electrica cuando dejó prendida por olvido la luz del atilillo, ha quedado muy delicado del corazon.

El specimen que antecede, desde luego, es el arquetipo del machete. Pero sin llegar a esos extremos conozco unos cuantos que le andan cerca. Hay uno que toma todas las tardes su cafecito en un var del centro. Ocupa la mesa por dos largas horas, pide el diario, se lleva los escarbidentes, se toma cuatro vasos de agua y solicita invariablemente doble ración de azucar. Cuando el café costaba doce centesimos dejaba trece. Desde que aumentó, resolvió suprimir la propina. Y se queja.

—Este café está cada dia más horrible!

Claro que tiene razon. Porque apenas aparece el machete, el mozo se acerca al mostrador y musita: «Un café para el que te dije!». Y entonces el cafetero toma del cajon de residuos un puñado de café usado y lo filtra con agua de lavar copas a traves de un pañuelo también usado. Si queda muy oscuro agarra el trapo del balde y lo escurte sobre el pocillo hasta que el liquido clarea. Y si en cambio se pasa de claro, le raya el grafo de un lápiz y se lo echa en polvo.

En realidad, ser machete es una de las cosas que cuestan más plata. Por comer poco y mal tiene que gastarse un dineral ahora en médico y remedios. Por no mandar reparar el reboque del techo a tiempo, este se le viene abajo y debe toda la reparación mas el gasto de médico para las ocho puntadas con que hubo que coserle el cráneo. Lleva cobrados tantos porrazos, encontronazos y caldas por andar a oscuras en su casa que ya ni le duelen.

Sacarle un peso es más difícil que conseguir una cita con María Félix. Y verle dar una limosna resulta menos probable que encontrar a la luna tomando mate y hablando de fútbol en un rancho de Malvín.

Toda su tragedia parte de un error de interpretación. La plata que los demás quieren para disfrutarla, él la quiere simplemente para tenerla. Sueña en todo lo que podría hacer con su dinero y sabe que puede pasear en un ocho cilindros 1950 por Miami fumando un habano de setenta y cuatro pesos.

Pero prefiere conocer Miami en un noticiero del «Plojito Splendido» en noche popular, y manganle después un cigarrillo al portero. — CHERIS

El Guapo

Alguna vez nos referimos al "roncador". Entre el roncador y el guapo hay la misma diferencia que entre un amague de Joe Louis y un derechazo del mismo. El "amague", la atropellada, no requiere fuerza ni guapeza. La cuestión es aguantar la parada cuando el atropellado hace frente.

Ahí es cuando se definen el flojo y el guapo. El guapo es el "cráneo" (perdón Juan Mondiola) que está dispuesto a jugarse en cualquier ocasión, a cualquier hora, en cualquier sitio, contra quien sea y por lo que sea. Porque corajejar defendiendo a la

familia lo hacen hasta los gatos de azotea. Y pelear acorralado hasta la gallina pelea. El asunto es arriesgar el pellejo por que sí, porque para eso se "es hombre". Como aquel al que con dos fracturas y catorce hematomas le preguntó al amigo.

—¿Y por qué fué, che?

—Yo que sé... pero el otro está peor que yo...

Y lo bueno era que el que estaba peor tampoco sabía porque había sido.



Claro que hay guapos de veras, y guapos ancapianos o etílicos que le dicen. Conozco un sujeto que en estado normal se sube a una silla y llama a la señora cuando aparece un cienpiés en la casa, y que con media docena de cañas es capaz de asaltar solo y con una gillette el cuartel de

Bomberos. Ese y otros no nacieron guapos. Su guapeza se fabrica en La Teja, es "emprestada" y les queda grande como suele suceder cuando nos ponemos lo que no es nuestro.

Es posible que el verdadero guapo sea un inconsciente, un hombre al que alguna falla mental le impide calcular el peligro. Pero de todas maneras es admirable. Nada tan heroico como el hincha uruguayo que solito en la tribuna del estadio de San Lorenzo de Almagro, por ejemplo, en un internacional, pega el grito homérico.

—Uruguay viejo y peludo pá todo el mundo!

Cien rostros, cien fieras, se dan vuelta.

—¿Que dijiste, alma de Dios?

—Uruguay pá todo el mundo! ¿Y qué hay?

La historia patria se ha olvidado de recordar a estos titanes.

El "guapo de guapo" es otra variedad no menos llamativa. Se hizo "cartel" en dos o tres trifulcas de boliche en las que la única guapeza fué propinarle un botellazo al viejito del acordeón o hacerse sujetar por sus amigos. Pero como hubo heridos y contusos y como lo que le falta de guapeza le sobra de labia, no le costó gran cosa crear la leyenda. Después, con cuatro poses y mostrando un tajo que a lo mejor se lo hizo afeitándose, la bola sigue su curso.

—Guarda che, entró el pardo Lima!

El pardo Lima, el "guapo", avanza inflado el pecho. Y como quien le hace una fiesta al perro del vecino saluda a la barra.

As noches!

—Buenas noches, pardo, ¿se sirve algo?

El pardo Lima se abre el saco, como si tuviera calor, pero en realidad para que se le vea el facón que lleva en el costado.

—No gracias, espero a mi primo que me viene a buscar en el Chevrolet...

De pronto en la calle suena un estampido horrisono. Uno de los contentulios se asoma pero vuelve tranquilizado:

—No es nada, el Chevrolet que reventó un neumático. Che, pardo Lima ahí vino... ¿Pero dónde está el pardo Lima?

El pardo Lima está desmayado bajo una mesa.

CHERIS.

El Papá Flamante

Estamos en que la paternidad es una gran cosa. Entre otras cosas, porque de no haber nacido nuestros respectivos padres, ya uno a saber por dónde andaríamos nosotros.

Pero el padre flamante, y sobre todo el primerizo, si bien cumple con la sociedad y le da un vástago más a la Patria, resulta, en la mayoría de los casos, la insostenibilidad elevada al cubo y multiplicada por mil.

Un día, por ejemplo, usted vuelve de Buenos Aires en avión y por esas cosas abre una puerta creyendo que es la del lavabo y se precipita al mar. En el mismo segundo en que usted hace recapitulación de sus pecados y encomienda su alma al Creador, recomendándole la familia, nota que si bien se cayó, no cae. La

puerta ha vuelto a cerrarse y le ha prensado el saco, del cual pende usted como de una percha. En esas condiciones hace el resto del viaje y llega sano y salvo, como dicen las novelas.

El día que en rueda de café se dispone usted a contar lo que le pasó, espera la mayor expectativa, emoción y suspense. Así es. Sus amigos abren unos ojos tamaños y escuchan pasmados el relato. Todos menos uno, que usted nota indiferente y nervioso y que lo interrumpe a cada frase: «Pará, escuchame...»

Y justamente en el instante en que usted va a describir el momento de la caída, vuelve a oír: «Pará, escuchame...»

—Pero... ¿Qué querés?

—¿Sabés que a mi nene le salió un diente?

Así es el padre flamante y primerizo. Se agarraría a castañazos con quien le sugiriera que una tercera guerra mundial sería más importante que el hecho de que su nene diga

ya «papá» y «mama».

Pero el caso verdaderamente caso es el pre-padre aguardando en la clínica. En cosa de tres cuartos de hora se fuma dos paquetes de cigarrillos. De tanto levantarse y volverse a sentar se agencía para toda la vida un reumatismo articular en las rodillas. Abre un surco circular a fuerza de pasearse en la sala de espera. Y a cada momento le grita a una enfermera o a algún médico:

—¿Yá?

A la centésima nona vez que pregunta lo mismo, un médico viejo le contesta mecánicamente:

—Cálmese, señora. Un poquito más y se sentirá aliviada...

Es que realmente, es tal el escombros que hace, que se presta a cualquier confusión.

Al fin se produce el acontecimiento. En la puerta aparece una nurse con el prodigio en brazos. El padre lo mira como Leonardo de Vinci debe haber mirado su Gioconda el día que la acabó. Después se acuerda de su mujer.

—Tengo que ser hombre — piensa — voy a tranquilizar a la pobrecita...

Da media vuelta y cae desmayado.

CHERIS.



TYER RUBBER COMPANY

Nada se puede decir del hincha que ya no esté dicho. Con el empleado público forma la pareja un sí un no refrescante más conocida del país.

Pero hacer siluetas nuestras sin mencionar al hincha es como hablar del amor sin nombrar el agua Z y ahí va.



—¡Chorro! ¡Vendido! ¡Juez de biógrafo! ¡De' ande penal?
El lector sabez habrá descubierto que se trata de un hincha.

Si hubiera vivido en épocas de revoluciones, el hincha sería de esos voluntarios que se dejan matar por la bandera, capaces, si pudieran, de encerrar a cien mil enemigos y hacerlos volar con TNT. La paz lo convierte en hincha. Su vida gira alrededor del club de sus simpatías. Con él sufre o respira, muere y vive. No razona porque si razonara dejaría de ser hincha. Pero eso no quiere decir que no le dé trabajo a la "pensadora". Puesto, por ejemplo, a buscarle explicaciones a una derrota su cerebro rinde tanto como el de Einstein:

—Esta vez estaras convencido — le dice un partidario rival— cinco a cero no se presta a discusión...

—Bah! — contesta el hincha. — ustedes no nos ganan a calidad, sino a suerte... El primer gol lo metió el viento; el segundo vino de un foul mal cobrado, en el tercero la pelota que iba desviada le pegó en la cabeza a uno y se metió en el arco; en el cuarto voltearon al arquero, y el quinto se hizo porque ya había poca luz... En cambio nosotros... un cañonazo que no lo deteñían Mazzali, Ballesteros y el flaco García juntos, pegó en el palo. Un gol. El chueco Villagrán pisó la pelota solo frente al arco; dos goles. El juez no cobró un penal machazo: tres goles. Un voleo del pibe Torres le pegó al golero de ustedes en la mano: cuatro goles. De acuerdo a la lógica ganamos por cuatro a cero...

Y se queda mirando al otro, dispuesto a pelearlo.

Lo que suceda el sábado o el domingo señala la semana siguiente del hincha. Si gana su club, es un hombre sonriente, optimista, saludable, con un repertorio inagotable de cachadas sangrientas para el hincha rival:

—Che! Ahora que viene Fu Man Chu, por qué no lo contratan a ver si les hace ganar un partido?

—Le dije a mi abuelito, que tiene noventa años, que fuera al club de ustedes. Francamente, creo que la mueve mejor que Iturbide (Iturbide es el crédito de los otros).

Y hasta esto:

—Che viejo, ¿por qué no le sugerís a los dirigentes que compren una máquina de calcular para sumar las goleadas?

Siluetas de la Ciudad (XXVI) por CHERIS

EL HINCHA

Pero cuando pierde, se convierte en un plingajo humano, se enferma del hígado y le duele la cabeza. Y al verlo abrir la boca a un hincha rival que en una de esas va a darle los buenos días, lo ataja rabioso:

—Mira, che; yo no doy bromas ni las admito. Además, no me gusta perder el tiempo hablando de fútbol. Y se toma dos aspirinas con un termo de tilo.

CHERIS.

TYRIAN RUBBER GOODS

Es alérgico al trabajo y a la actividad. Parece que su padre fué changador y su abuelo trabajó la tierra durante cincuenta y cinco años de sol a sol. El muchacho heredó un cansancio bárbaro, y todavía no ha encontrado la ocupación que le permita pasar por la caja a fin de mes sin mover un dedo.

Claro que eso le tiene muy disgustado. Tanto que de noche se desvela y debe levantarse a las doce y media del día siguiente. Almuerza luego, y después de una pequeña siestita sale "a buscar trabajo".

A la media cuadra hace un alto en el café y compra el diario para revisar los ofrecimientos de trabajo. Nunca hay nada para él. Porque en casi todos los casos se exige que el candidato se presente personalmente. Lo que no deja de ser un abuso, porque al fin y al cabo si al candidato no le gusta la ocupación, o a los ocupadores no les cae bien el candidato, el viaje es inútil.

De vez en cuando encuentra algo que puede arreglarse por teléfono. Se come un refuerzo para almacenar energías y orando en mente porque la línea esté ocupada, disca.

Le dicen que aguarde un instante. Se afirma en el mostrador dispuesto a aguantar a pie firme. Pasan lentamente los segundos: uno, dos, cuatro, diez, medio minuto...

—Estos son unos desconsiderados...

Al minuto cumplido, entiende que no es cosa de pescarse una pulmonía con las corrientes de aire que cruzan el mostrador esperando que unos señores que lo necesitan se acuerden de atenderlo. Y cuelga.

Por hoy tiene bastante. Con la satisfacción del deber cumplido emprende el regreso (media cuadra) llega a su casa y se tira rendido en un sillón.

—Hijo mío, estás deshecho... — dice la madre mimadora y condescendiente. (Detrás de cada vagoneta hay una mamá así).

—No puedo más, vieja. Vos que te pasás el día en casa no sabéis lo que es andar por ahí...

Claro que la madre no sabe lo que es "andar por ahí". Entre la cocina, la limpieza, el lavado, los mandados, la costura, el planchado y otras minucias, pierde el tiempo cómodamente sin salir de casa.

El padre no es tan comprensivo.

—Ya que no quieres conseguir ocupación, podías al menos ayudar en algo. ¿No te dije ayer que descolgaras ese cuadro?

—Pero viejo... tendría que subirme a una escalera y yo sufro de vértigo.

—¿Y por qué no regaste el jardín?

—Porque la manguera se sale... y vos sabés que me hace mal la humedad.

El vagoneta, desde luego, come por tres. El hecho de que no sepa ganar un peso no quiere decir que no sepa gastarlo. Los sábados y domingos hay que habilitarlo fuerte, porque mientras sus hermanos que trabajan prefieren descansar o ir al cine, el vagoneta reúne toda la energía ahorrada en la semana y la corre por todo lo alto. El padre jamás ha chistado a un taxi. El hijo casi no viaja de otra manera. Cuando uno de los hermanos se lo recrimina, el vagoneta, desde el fondo del sofá, se defiende:

—¿Pero vos sabéis lo que es viajar en ómnibus?

—Como no voy a saberlo si lo hago cuatro veces por día!

Una sombra de dramática tristeza vela los ojos del vagoneta:

—Es que vos siempre fuiste más fuerte...

La madre interviene:

—¿No tienen otra cosa que hacer que mortificar al pobrecito?

El pobrecito, entretanto, con la camisa nueva de su hermano, la corbata del otro, los cigarrillos del padre y los vintenes de la madre se va de gaita.

Nació en tiesta patria tirándose el lance de conseguir una

Siluetas de la Ciudad (XXVII) por CHERIS

EL VAGONETA

Fué el que inspiró al delicado vate aquello de

La pucha que sos reo
y enemigo de yugarla...

En la calle se le acerca un viejo casi paralítico, manco y semi-ciego.

—¿No me ayuda para la cama, mocito?

El vagoneta lo pulveriza con la mirada:

—Andá a trabajar, atorrante!

CHERIS.

BER COMPANY

Nació en fiesta patria tirándose el lance de conseguir una pensión del Estado, como las que dan en Europa a los bebés que tienen a bien nacer el mismo día que el príncipe heredero. De chiquilín ligaba todas las buenas. En el colegio era el único que podía llegar tarde porque había convencido a la maestra de que tenía que barrer la vereda de su casa o hacer los mandados. Pero en su casa era el único que no hacía los mandados porque había convencido a la madre de que tenía pie plano.

Creció sacando ventaja en todo. En el club no pagaba cuota porque se encargaba de la información a la prensa y a la prensa le sacaba entradas para todas partes por llevarle la información. Tenía un olfato prodigioso para captar el lado débil de la gente y acomodarse antes que nadie y mejor que nadie.

El casamiento del ventajero fué un prodigio de habilidad estratégica y diplomática. Se dejó crecer la barba una semana,

consiguió un traje remendado y obtuvo así varios certificados de pobreza. Con ellos se agenció gratis el casamiento en la iglesia y rebaja en el civil. Hizo coincidir la fecha una semana después de la de un amigo de su misma estatura y le pidió prestado el jacket. Al suegro le sacó ochocientos pesos para el bufet y lo consiguió por la mitad. El viaje de bodas lo solucionó convenciendo al hermano que no usara la beca que se había ganado en Córdoba porque las alturas hacían mal. El juego de dormitorio se lo ganó en un concurso de pregun-

tas de radio organizado por él. El de living —no todo iba a ser ventajas— tuvo que comprarlo. Pero lo sacó a mitad de precio porque tenía algunas averías.

Claro que las averías se las hizo él mismo.

Otro milagro del ventajero fué la casa propia. Le costó exactamente cuarenta y cuatro centésimos.

Había un terreno baldío al lado de su casa. Durante ocho noches hizo trabajar a un plomero que le debía atenciones desviando cuatro cañerías hacia su subsuelo. Cuando el terrenito se convirtió en un pantano pestífero plagado de mosquitos, lo denunció como inapropiado para la edificación. Su propietario lo miró con lástima el día que el ventajero lo compró en quinientos pesos. Claro que los quinientos los obtuvo en préstamo, a pagar en diez meses, de un amigo cuyo médico le había dicho confidencialmente al ventajero que le quedaban seis meses de vida.

Por ese entonces el ventajero metido a constructor ganó una licitación para levantar un colegio. Generosamente permitió que firmara por él y diera la cara un constructor amigo sin trabajo "para que se hiciera conocer".

La escuela se vino abajo justamente tres meses después de terminada. Pero para ese entonces ya tenía el ventajero su casa construida con materiales de primera calidad.

El acarreo y la mano de obra las pagó el suegro porque al fin y al cabo la casa iba a ser también de su mujer y no era justo que el cargara con todo.

Hizo tantos enredos, enjuagues y maniobras con los impuestos y derechos que —sin saber cómo— el suegro, el vecino de al lado y una viejita que vivía enfrente tuvieron que pagarlo todo y darle las gracias. Una tarde no tuvo más remedio que apechugar con un sellado de cincuenta centésimos. Pero al vendedor del mismo le dio lata, le fumó dos cigarrillos y se le quedó con los fósforos.

Lo dicho. La casa propia le costó cuarenta y cuatro centésimos.



Siluetas de la Ciudad (XXVIII) p. CHERIS

EL VENTAJERO



Un día, tomando su aperitivo en el café (lo tomaba gratis hacia doce años porque el dueño lo creía inspector de estam-pillado) se sintió mal.

Se hizo llevar en taxi a su casa y al chofer le dijo que le pagaría cuando mejorara.

Es que ya sabía que no se levantaría más. Cuando sintió llegado el último minuto llamó a los amigos y les perdonó las deudas. Uno de ellos era propietario de pompas fúnebres.

Obtuvo gratis un entierro de primera clase.

CHERIS.

TYRIAN RUBBER GOODS

Lo único que supo hacer de niño y de joven fué crecer. A lo alto y a lo ancho. A los ocho años aparentaba doce; a los doce parecía de dieciocho. A los dieciocho parecía un elefante. Menos mal que ahí se plantó.

La frente no le creció tanto. Entre las cejas y el pelo una tímida franja apenas. La mandíbula, en cambio, le quedó de las proporciones de aquella quijada bíblica que le sirvió a David para darle una salsa a Goliat. Y no teniendo otra cosa que hacer se dedicó a cultivar el físico, como si ya no le hubiera salido suficientemente cultivado.

Ahora cada bicep anda por ahí con las bolas que montan guardia en el obelisco de 18 y Bulevar.

Abre las puertas a soplidos.



En realidad —cada uno en su esfera— son igualmente admirables el forzudo del músculo y el del cerebro. Ambos significan una superación. Pero de la misma manera que resulta insufrible la pedantería intelectual, también resulta insoportable el pedante del músculo. La gente es generosa en el aplauso con el que realiza un descubrimiento sobre los electrones, o con quien bate un record nacional. Pero no puede sufrir a quienes sin aportar nada con el poder de sus brazos o de su mente, los usan a simple título de exhibición vanidosa.

—Nunca me vieron doblar una llave?

Una chica que acaba de ver "Tarzán y los mil leones" abre unos ojazos tamaños.

Imposible!

El Tarzán de salón pide una llave y ante la expectativa general la dobla como una goma.

—¡Oh! Qué regío! exclama la tarzanista.

El Tarzán infla pecho y mira a los varones restantes sobradamente. Y hasta el que se acaba de clasificar número uno en un concurso continental de bioquímica, se siente achicado porque, al fin y al cabo, lo único que ha doblado en su vida fueron esquinas.

Hasta ahí el asunto iría bien. Pero el Tarzán insiste.

—¿Y no me vieron doblar una herradura? ¡Alcáncenme una herradura!

—Desclaváte una de las tuyas...

El que dijo eso, pesa cuarenta y tres kilos y no alcanza al pasamanos de los ómnibus. Pero en ese momento todos lo ven más grande que el propio Tarzán.

Además a los Tarzanes los persigue el destino. En cuanto barullo se arma son los que cobran primero. Entre otras razones porque si pegarle a un peso mosca es casi un infanticidio, fajar a un gigante es una hazaña. Sobre todo cuando el gigante está solo y los otros son ocho. Claro que da gusto y admira ver al hércules defenderse como un león volteando muñecos con cada trompada que suena a catapultazo.

Pero cuando al fin lo tiran, el Tarzán paga todas sus bandereadas. Porque el más chiquito de sus contrincantes, el que llama a su mamá para que lo ayude cuando tiene que descorchar una botella, se le acerca:

—No te rompo todo por que estás en el suelo! — **CHERIS**

228
Sin costura. Gruesas, bonitas, de romate liso, encantadas, metálicas negras. Casquillo atomilado. 18 x 28 cm. Forma oval. Dos ejes a los costados. Envasadas en cajas largas, fondo verde. El ciento



Siluetas de la Ciudad (XXIX), por **CHERIS**

EL "TARZAN"

TYER RUBBER COMPANY

...Dicen que casi todos los grandes hombres fueron chicos. Pero como no es fácil verificar, centímetro en mano, si Napoleón medía uno cincuenta y ocho, o Atila no pasaba del uno cuarenta y cinco, o Ladislao I del uno quince, cabe suponer que se trata de una invención de los petizos.

Porque puede decirse que en el preciso instante en que a un prójimo deja de desarrollársele la osamenta, empieza a crecerle el amor propio. Es matemático. No ha podido averiguarse todavía donde guardan los petizos tanta quisquillosidad y rasquetería.

¿Han visto ustedes como ladra un cuzquito de 0.20 x 0.08? ¿Y qué fácilmente se enoja y arremete? ¿Y han visto la majestuosa indiferencia del Terranova y del San Bernardo, a los que uno puede ponerles el dedo en las tremendas mandíbulas sin peligro alguno?

Mal que le pese, el petizo y el cuzco se parecen mucho. Y no sólo por el tamaño.

* * *

Claro que no todo es culpa del petizo propiamente dicho. Su susceptibilidad se ha ido formando en las ruedas de café, en el club, en la calle, en el liceo. No es sólo aquello de "medio litro" e "inspector de zócalos". Es también la ocurrencia estruendosamente festejada que lo tiene con la sangre en el ojo.



—Che, qué problema! Me tengo que hacer un traje, pero todo está carísimo...

—Bah! Vos no tenés problema... en la Sección Niños te agenciás un traje fenómeno a mitad de precio...

O si no, supongamos, está el hombre embalsado contando como "agarró" en Las Piedras a "Ali Babá" con veinte y veinte (los cuarenta que te dije) y:

—... te das cuenta que alegrón cuando fui a cobrar?

—¿Y alcanzabas a la ventanilla?

* * *

Con esta variante:

—¡Cómo me gusta la Bebal! Uno de estos días me le declaro...

—Llevá un banco...

* * *

Desde luego, los hay de todos los matices. Desde el que no le importa nada, hasta el que se la toma a pecho. Este último luce generalmente taco francés y jopo, dos modas que deben haber inventado algunos "medio litros" de Nueva York para alegría de la mediolitrería mundial. Y mide escrupulosamente al lado de quien se sienta o de quien se para. Porque todo es cuestión de comparación. Al lado de otro medio litro o de un "tres cuartos" el hombre se siente bien. Pero se le arruina una tarde en Maroñas, una fiesta, o una tenida frente al mostrador, cuando al lado se le coloca un litro y medio de uno noventa. Sin querer, se pone en punta de pie y estira el pescuezo. Y acaba sentándose en cualquier parte para despistar.

* * *

Claro que tiene sus compensaciones. Al medio litro le encantan los niños. Es que hay que ver qué alivio experimenta cuando pese a doblar una pierna e inclinar el cuello, el pibe no le llega todavía al hombro. El medio litro se siente entonces protector y paternal.

—Por ahora portate bien, Cachito... cuando seas grande como yo...

Y estirándose otra vez a todo lo que da se siente Oscar Wilde. Llega justamente a la llave de la luz. — CHERIS.

Siluetas de la Ciudad (XXX) por CHERIS

El "Medio Litro"

TYRIAN RUBBER GOODS

—¿Qué te parece mi novia? ¡Preciosa, verdad?

—La encuentro muy atractiva. Bueno, a mí siempre me gustaron las mujeres un poco cursis y chuecas. Te la envidio...

Eso es lo temible del ofidio. Que lanza el veneno y uno tiene que agradecerse. Porque si dice que le envidia la novia y que la encuentra atractiva, por lo otro, nadie se puede dar por ofendido. Sobre todo cuando, mirándolo bien, descubre que en realidad es un poquito chueca y un tanto cursi.

—¿Vos sabés que mi hijito está aprendiendo a leer sólo? — le dice usted un día.

—No me extraña. Yo siempre dije que ese chiquilin iba a ser un talento...

A usted se le infla el pecho y le entran ganas de abrazarlo. El otro sigue:

—Si será inteligente el botija! ¿No has observado que es igualito al sabio ese que vive al lado de tu casa...?

Usted se ríe con media boca. Y el ofidio lo remata:

—Una monada el sabio ese, che. ¿Fué novio de tu mujer, no?

Ahora, a cada demostración de inteligencia de su hijo, a usted le nacen ocho canas nuevas.



El "venenati", a veces, no es malo. Al contrario. Alguien le puso demasiado veneno en el cuerpo y quiere sacárselo de encima. Y lo descarga a diestra y siniestra.

Tiene días fatales. Se levanta, sale a la calle y al portero le dice de pasada que lo encuentra muy pálido y cada vez más delgado. Y ahí lo deja al pobre, preocupado pa-

ra todo el día. En la oficina, en cambio, la felicita a la mecánografa porque "mes a mes la encuentra más gorda". La muchacha suprime el café con leche de las diez y vive amargada una semana. Viene Pérez y le dice:

—¿Viste? El jefe me pasa a "Contaduría"...

—¡Hum! A López lo pasó a Contaduría y quince días después lo echó sin indemnización.

Pérez pierde el apetito por dos semanas.

Al rato es Rodríguez el que cae.

—¿Qué te parece este traje?

El traje realmente es impecable. Buena tela, buenos forros, hechura perfecta. Por un instante el ofidio no encuentra donde clavar los colmillos. Pero sale del paso:

—Formidable, che! Vos sabés comprar... Pensar que ahora te imitan los casimires que parecen legítimos. Claro que si te agarra una mojadura se lo tenés que regalar a tu hermanito. Pero mientras tanto, das el golpe...

A Rodríguez se le hiele la sonrisa. Y se toca la solapa desconfiado.

Fernández quiere darle una manito:

Estate tranquilo, che. Se ve que es una tela fenómeno.

El reptil aprovecha para matar dos pájaros de un tiro:

—Fernández sabe lo que dice en cuestión de géneros... — y se dirige al interesado. — ¿Tu viejo no era juntador de trapos en Atahualpa? (Adopta ahora una expresión admirativa). Meritorio el viejo, che. Vivía en un rancho de lata, pero hizo estudiar a los hijos...

Al terminar el día el "venenati" sufre un contratiempo cualquiera. Se pincha un dedo, por ejemplo:

—Pero qué mala suerte! Que me pase esto a mí, que no le hago mal a nadie!

Y se mira en el espejo, con lástima infinita.

CHERRIS.

Siluetas de la Ciudad (XXXIII)

por CHERIS

EL VENENATI

APPANY

Me he resuelto a escribir mis memorias, porque al fin y al cabo uno de estos días bajo la banderita por ultima vez y agarraré el último viaje, del que no se vuelve. Y bien vale la pena que las cosas que han visto estos ojos que se han de comer la tierra pasen a la posteridad. Convengo en que no es usual que un taxímetro contador escriba memorias. Generalmente quienes lo hacen son estadistas, actrices, militares o sabios. Pero sin perjuicio de no ser nada de eso yo les llevo una ven-



que traducir kilómetros en pesos y posar esos pesos ante los ojos del pasajero, que generalmente me mira fijo como si yo pudiera hacerle una rebajita, sujeto en fin en mi sitio del que nunca me he movido más que para dos o tres reparaciones, yo he visto mucho mundo y he conocido pájaros, pajaritos y pajarones de toda especie. Y ante mi se han desarrollado tantos dramas

taja. Clavado frente al asiento delantero, sin más movimiento que la subida o bajada de mi banderita, ni más vida interior y sainetes que, posiblemente, un confesor, un médico y un abogado reunidos, no son depositarios de tantos secretos como los que yo conozco.

Debo decir que aunque la costumbre diaria de ver sujetos y sujetas de toda catadura en los más diversos lances, me ha insensibilizado un tanto, todavía me divierte muchísimo. ¡El mundo es una papa!

Es que los bípedos humanos de ambos sexos forman realmente una especie curiosa. Son ilógicos, aprensivos, en el aire. Ayer, sin ir más lejos, nos chistó desde la vereda una señora, robustita ella, cuarentona. Mi patrón resolvió seguir de largo, porque no era lugar reglamentario para detener el coche. Pero la señora, que manifestaba en su rostro una desesperación sin límites, chorreando agua además por el pelo que al caerle sobre la cara le había armado un fleco con el rouge y el pan-cake, daba lástima.

—Pare, por favor...! Pare chofer!

—Mi patrón que tiene un corazón de oro, se hizo cargo del drama, y frenando en la esquina, la esperó.

Subió la cuitada:

—Volando, por favor! (y dió una dirección en "nuestra principal avenida", como dicen los cronistas afectos al lugar común).

Yo, sin tener otra cosa que hacer, la miraba... Viajaba inquieta, anhelante. Cuando un tranvía o un camión nos obligaba a detenernos, o a amenguar la velocidad, la señora clamaba más que pedía.

Haga algo! Apúrese... por favor!

Yo adivinaba lo que pensaba mi patrón: "El hijo agonizante...", "El marido preso...", "La madre viejecita que la llama para que le cierre los ojos..."

Y volábamos.

Hágase cargo, lector, de lo que significa volar sobre un asfalto que hace veinticuatro horas que recibe la caricia de la lluvia. En realidad, desde la vez que un asaltante le puso una pistola en la nuca a mi patrón diciéndole "¡Corre a 100 por hora o te quemó!", nunca habíamos corrido tanto. Pero aquella vez íbamos por la rambla desierta. Ahora el asunto era en pleno 18, a las 5 y media de la tarde. Nos jugábamos la vida en cada bocacalle.



A la altura de la plazuela de El Gaucho mi patrón hizo un millagro. Pasó como un bolido entre un ómnibus y un tranvía, patinó... se fué sobre la garita del agente de tráfico... la arañó... no trituro a una vieja porque Dios no lo quiso... se subió a la vereda... bajó... driblé a un automóvil... Y seguimos!

—¡Aquí! gritó la mujer indicando la esquina próxima.

Con la satisfacción del deber cumplido mi patrón pegó otra frenada en el asfalto jabonoso —la décimo quinta— y paró.

El grito de angustia de nuestra pasajera nos estremeció de terror.

—¡Tardé... demasiado tarde!

Y con los ojos lagrimeantes miró fijamente un cartel colgado en la puerta de la tienda.

"Hoy —gran liquidación— hoy".

La tienda estaba cerrada. —CHERIS.

Memorias de un taxímetro (1) por CHERIS

¡De Vida o Muerte!

TYRAN ROCHI

El Gran Mundo

SUBIERON. ¡Que pareja! La pinta de él se enfrentaba con ventaja a la de Clark Gable. Alto bien plantado, hercúleo, elegante sin afectación; un buen mozo en toda la línea. En cuanto a ella... bueno; ella era uno de esos budinazos que, al decir de los clásicos, de sólo verla, a uno se le caen las medias. Dicho sea con todos los respetos.

Cuando chistaron al taxímetro, salían de una mansión señorial de Carrasco donde, por lo que se veía, se celebraba una fiestota de esas que dan trabajo a los cronistas sociales y donde desfilan millones y apellidos al por mayor.

Mi patrón se arregló la corbata y se acomodó la gorra. Porque no todos los días uno tiene el privilegio de transportar a un par de señores tan, pero tan encopetadísimos.

Posiblemente se les había descompuesto el automóvil. Porque esa pareja tenía que tener automóvil. Por lo menos un ri-flocho 1949 tipo bacracho, más ancho que la conciencia de un coimero y más imponente que una interpelación sobre lo del "Fausto".



Dieron una dirección, y arrancamos mientras el taxímetro se encendía. Era una señora francesa, de esas cuyo precio una ve en las primeras para sacarse el hipo.

D^e entrada, sin embargo, el asunto se puso confuso.

—Te prohíbo que mires más a ese renacuajal!

Era él el que hablaba, poseído de un mal humor tremendo. Ella se defendió:

—Yo no miré a nadie...

—¿Me lo vas a negar? Te estuve observando. Pura zalamería con el señor Walch... ¿Te parece bien estar zalamereando con un sesentón abominable?

—Peor sería que lo hiciera con un treitenón, querido...

—Pe... pero ¿Por qué tenías que galantear con ese cachivache bien vestido?

—Porque... porque es tu jefe y "necesitamos" que te ascendan...

El glarckgablesco galán se quedó patitleso.

—Está bien... pero no hay necesidad de hacerlo delante de todo el mundo...

—Bien, querido. La próxima vez procuraré que haya menos testigos...

A mí se me vino el alma a los pies. Si es que una máquina contadora de taxímetro tiene pies y tiene alma.

AL ratito nomás volvieron a discutir:

—Lo que me parece indigno —dijo ella— es que te precipites al bufet como un heliogábalo. La gente se va a creer que no comes en casa.

—...y no va a andar tan descaminada...

—Reptil!

—Si no me equivoco la esposa de un reptil es una víbora...

Ella amagó un sollozo. Pero en vista de que el llanto le haría correr el rimel, optó por hacerse fuerte.

—Si en casa no se come mejor es porque el jefe de familia no gana ni para una comida diaria!

—Pero tiene relaciones para poder aplacar el hambre de su cónyuge en las recepciones y figurar al mismo tiempo en el gran mundo...

—Gran mundo! Bah! Si supiera ese gran mundo que cuatro horas antes de un compromiso tengo que zurcirte tu camisa... y que en los salones estás siempre contra la pared para que no se note el brillo de tu único traje...

Estaba muy oseuro, pero me parece que él se puso colorado.

CUANDO bajaron peleaban aún como perro y gato. Se habían dicho ya cuanto puede decirse en castellano.

Ella, al fin mujer, aflojó:

—Seríamos tan felices si en vez de figurar en sociedad te decidieras a trabajar como cualquier otro...

—Papá fué ministro. Y abuelo tenía tres estancias.

—Pero tú no tenés ninguna...

EL resto no lo oí. Sería lo mismo que ya se habían dicho. Lo mismo que seguirían diciéndose.

Desde esa noche mi impresión y mi opinión sobre las diferencias de clase han variado un tanto.

No están todos los que son, ni son todos los que están.

Qué van a ser!

CHERIS.

**Feed-R**

(Paciente ob-

Un pezón realmente nuevo se
pestañita (véase la ilustración), pa-
chape el niño, y evitar de aplasta
asegura un chorro propio de leche.
El cliente

Anti-Micr

Transpare

Pezon transparente de alta calidad
exterior satinada, absolutamente li-
implica: pezon-microdico. Envas
carton.
No. 200 45 mm. Remate redon-
No. 220 45 mm. Estilo regular
No. 218 75 mm. Grande . . .

Memorias de un taxímetro (XIV), por CHERIS.

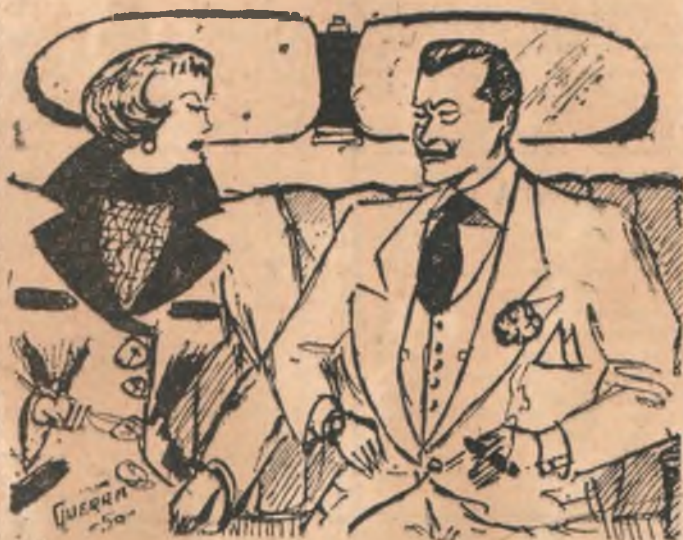
El Gran Mundo

SUBIERON. ¡Qué pareja! La pinta de él se enfrentaba con ventaja a la de Clark Gable. Alto bien plantado, hercúleo, elegante sin afectación; un buen mozo en toda la línea. En cuanto a ella... bueno; ella era uno de esos budinazos que, al decir de los clásicos, de sólo verla, a uno se le caen las medias. Dicho sea con todos los respetos.

Cuando chistaron al taxímetro, salían de una mansión señorial de Carrasco donde, por lo que se veía, se celebraba una fiestota de esas que dan trabajo a los cronistas sociales y donde desfilan millones y apellidos al por mayor.

Mi patrón se arregló la corbata y se acomodó la gorra. Porque no todo los días uno tiene el privilegio de transportar a un par de señores tan, pero tan encopetadísimos.

Posiblemente se les había descompuesto el automóvil. Porque esa pareja tenía que tener automóvil. Por lo menos un ri-flacho 1949 tipo bactracko, más ancho que la conciencia de un coimero y más imponente que una interpelación sobre lo del "Fausto".



Dieron una dirección, y arrancamos mientras el taxímetro

de exquisita esencia francesa. De esa cuya acción

Dieron una dirección, y arrancamos mientras el taxímetro se llenaba de exquisita esencia francesa, de esas cuyo precio uno vé en las vidrieras para sacarse el hipo.

DE entrada, sin embargo, el asunto se puso confuso.

—Te prohíbo que mires más a ese renacuajol!

Era él el que hablaba, poseído de un mal humor tremendo.

Ella se defendió:

—Yo no miré a nadie...

—¿Me lo vas a negar? Te estuve observando. Pura zalamería con el señor Walch... ¿Te parece bien estar zalamereando con un sesentón abominable?

—Peor sería que lo hiciera con un treitenón, querido...

—Pe... pero ¿Por qué tenías que galantear con ese cachivache bien vestido?

—Porque... porque es tu jefe y "necesitamos" que te ascendan...

El glarckgablesco galán se quedó patitleso.

—Está bien... pero no hay necesidad de hacerlo delante de todo el mundo...

—Bien, querido. La próxima vez procuraré que haya menos testigos...

A mí se me vino el alma a los pies. Si es que una máquina contadora de taxímetro tiene pies y tiene alma.

AL ratito nomás volvieron a discutir:

—Lo que me parece indigno —dijo ella— es que te precipites al bufet como un heliogábalo. La gente se va a creer que no comes en casa.

—...y no va a andar tan descaminada...

—Reptil!

—Si no me equivoco la esposa de un reptil es una víbora...

Ella amagó un sollozo. Pero en vista de que el llanto le haría correr el rimel, optó por hacerse fuerte.

—Si en casa no se come mejor es porque el jefe de familia no gana ni para una comida diaria!

—Pero tiene relaciones para poder aplacar el hambre de su cónyuge en las recepciones y figurar al mismo tiempo en el gran mundo...

—Gran mundo! Bah! Si supiera ese gran mundo que cuatro horas antes de un compromiso tengo que zurcirte tu camisa... y que en los salones estás siempre contra la pared para que no se note el brillo de tu único traje...

Estaba muy oscuro, pero me parece que él se puso colorado.

CUANDO bajaron peleaban aún como perro y gato. Se habían dicho ya cuanto puede decirse en castellano.

Ella, al fin mujer, aflojó:

—Seríamos tan felices si en vez de figurar en sociedad te decidieras a trabajar como cualquier otro...

—Papá fue ministro. Y abuelo tenía tres estancias.

—Pero tú no tenés ninguna...

EL resto no lo oí. Sería lo mismo que ya se habían dicho. Lo mismo que seguirían diciéndose.

Desde esa noche mi impresión y mi opinión sobre las diferencias de clase han variado un tanto.

No están todos los que son, ni son todos los que están.

Qué van a ser!

C H E R I S.

No. 2

No. 20

No. 12

No. 95

No. 100

No. 18

Hygeia

Feed Rite

over

Congreso de Elefantes



Cuando mi patrón los vió venir se persignó. Eran la abuela, la hija, el yerno y tres eriaturas.

Un taxímetro, desde luego, puede transportar seis personas, sobre todo cuando tres de ellas son menores. Pero lo que se debía reglamentar no es el número máximo de pasajeros, ni la edad, de los mismos, sino **EL PESO** y el volumen! Porque si aquella familia respondía a dos apellidos, debía llamarse con seguridad Frankenstein - Primo Carnera. El más chico — once años — no bajaba de setenta y nueve. El más grande — el papá — nunca se supo. En conjunto, algo así como un congreso de elefantes en taxi...

Y como si fuera poco el volumen intrínseco de la familia, venía además el bagaje. El padre llevaba una maleta y una máquina de escribir, la madre otra maleta y un ramo de flores monstruoso. La nena, una muñeca más grande que ella; el nene mayor una cometa y el menor una pelota de playa de medio metro de diámetro.

Cuando después de forcejeos y apretujones fantásticos se ubicaron la familia y el equipaje en el taxímetro, no quedó espacio para nada más.

Una mosca se sintió incómoda y se fué por la ventanilla, completamente sofocada.

Con un quejido espejuznante el motor arrancó.

¿Dónde vamos? — preguntó mi patrón he-

cho un guinapo.

—Camino Colman y Coronel Raiz... Mi patrón elevó los ojos al cielo, y le oí decir entre dientes:

—Me lo merezco... de muchacho fui muy bandido. Hay que pagar...!

El viaje fué sencillamente dantesco. Cuando la pelota de Pirulin no le caía en la cabeza a mi patrón, era porque se interponía una maleta que lo incrustaba contra el volante. La puerta de la izquierda, vencida por el peso abrumador, se abrió tres veces. Tuvo que parar mi jefe, bajar, y apoyarse con el hombro contra la portezuela para cerrarla. Un aspa del cometa de Cocó le llevó la gorra que apareció al fin del viaje hecha una piltrafa entre los voluminosos costados de la suegra y la nuera. Del ramo de flores salió una avispa que dejó a mi pobre jefe tuer-to por cuatro días.

Y todos hablaban a la vez.

La esposa. — ¡Llegaremos tarde!

Pirulin. — ¡Paaaapá! Mirá el guardia civil!

El papá. — Sí, ya lo vi... no, no creo que lleguemos tarde porque...

Cocó. — Mamá! Mirá a Pelusa? Me está sacando la lengua.

La abuela. — Pelusa, no hay que ser tan bandida!

Pelusa. — No escorches, abuela...

No se oyó nada más porque en ese momento a papá le dió un ataque de tos abracadabrante. A jirones se sentían las voces "Mamá, mira a Pirulo...", "Dale una pastilla..." "Ya le dije que trajera bufanda". "Papá, mirá la torre!" "Cerá la ventanilla".

En la barahunda las dos maletas, la máquina, la muñeca, la pelota y la cometa se desintegraban a cada tumbo. El tapiz se desgarraba y se veían abolladuras por todos lados. Los vidrios, raspados, amenazaban pulverizarse.

Cuando a papá se le pasó la tos, a Pirulin le surgió no sé que problema más o menos urgente. Hugo que detenerse y esperar que el chiquilín lo solucionara por ahí. Después se mareó la abuela. Nueva detención para que se refrescara Y cada vez se bajaba toda la familia con todo, y volvía a subir haciendo llorar a lágrima viva a la carrocería.

* * *

En Camino Colman y Coronel Raiz el jefe de familia pagó — sin un cobre de propina — y bajaron todos.

La esposa, avergonzada, le dijo algo al oído. Volvió él. — Disculpe la molestia... sírvase — le dijo a mi patrón.

Y le dejó cinco centésimos.

CHERIS.

Conflicto de Clases

FUE cuando la huelga de ómnibus y tranvías. Los taxímetros hacíamos de «colectivos», al menos en el sentido de subirla a varios clientes a la vez y contribuir a «pallar las consecuencias de la grave situación», como dicen los periodistas avezados.

El problema de viajar un poco apretados en taxi no es problema para los que a diario se ven

cillo. La observación la hizo en tono conciliador y hasta de disculpa.

—Pues yo prefiero ir a pie antes de viajar al lado de... de cualquiera, — insistió la dama.

—Abájese, doña... sin cumplido — le contestó el «corre», que empezaba a montar el picaso.

La aludida talvez lo pensó mejor, porque no se «abajó». Pero miró a su compañero de viaje con tal repugnancia, lanzó tantos ¡puf!, sacó tantas veces un pañuelo perfumado y lo agitó como haciendo aire, que el reo, con esa cancha criolla que, o se aprende en la calle o no se adquiere nunca, resolvió, por lo visto, declararle la «guerra de nervios». Y el resto del viaje resultó uno de los más divertidos que conserva mi memoria.

Palabra.

Como primer medida, pasó el brazo delante de ella — que se aplastó contra el respaldo para impedir el roce — descorrió el vidrio de la portezuela y, sin moverse casi, lanzó a la calle un escupitajo impresionante, que pasó silbando a milímetro y medio del rostro de la cultada.

—¡Ah! ¡Qué asco!

—No crea doña... más pior es guardarlo...

—¡Chusma!

A las dos cuadras encendió un cigarrillo auténticamente apestoso. Y daba la casualidad que cada vez que exhalaba el humo, algo le llamaba la atención en la calle. Y, claro, tenía que girar la cabeza, y el humo homicida daba de lleno en el rostro de la matrona:

—Esto es inaudito!

—No doña, es tabaco negro...

—Chusma!

El duelo siguió invariable. Cada cuadra el reo echaba escrupulosamente su matamosquito tabacal y cada tres cuadras, matemáticamente, descorría el vidrio y arrojaba un escupitajo cada vez más grande. Admiraba que tuviera tanta reserva de materia arrojadiza.

—Chusma! — repetía la injuriada humanidad escondida bajo el visón.

—No se enoje, doña...

Al fin, «doña» no pudo más. Chistó, pagó y se bajó. Y al cerrar la portezuela resumió toda su indignación:

—Chusma! Más que chusma! ¡Y que no haya nadie que defienda a una dama!

—Es que tampoco hay ninguna dama! — alcanzó a gritarle el reo. Se volvió al resto del pasaje, que había permanecido rigurosamente neutral durante el conflicto, y comentó:

—¿De ande, «dama»? Las damas respentan...

Y refiriéndose al pucho, que tiró enseguida, remató:

—Disculpen ¿No? Fue en defensa propia...

Era todo un caballero.

CHERIS.



en un tris de quegar laminados en los ómnibus. Pero lo es, y parece que gravísimo, para quienes nunca viajan en vehículos colectivos.

Ese día subió en 18 y Andes una señora, gorduzuela ella, presumidota, con un saco de visón injuriante y un cargamento de anillos, pulseras y plaquetas que daba asco. Cuando en 18 y Convención, nos chistaron cuatro personas más, que se acomodaron como pudieron, la joyería andante se sulfuró:

—Qué barbaridad, chofer, yo pago para viajar cómoda...!

—La «cuestión» no es viajar cómodo... es no quedar a pie — le interrumpió un reo que se había sentado a su lado.

Era un reo simpático, algo andrajoso, sí, algo barbudo, quizás, con un traje deshilachado y grisiento y, talvez, con un olor que no era precisamente a rosas de Francia. Pero francote y sen-

El Galán Apurado



por **CHERIS**

SUBÍO al taxímetro oliendo a loción de precio y a gomina. Se notaba la afeltada escrupulosa, el masaje y el fomento. La peinada era una obra maestra. Y no debió llevarle menos de un cuarto de hora la confección del jopo. El pañuelo lucía milimétricamente arreglado con tres puntas. El nudo de la corbata era una obra de arte que como las de Leonardo da Vinci, nunca estaba terminada. Y el brillo de los zapatos hacia cerrar los ojos. En cuanto a la línea de los pantalones, era más recta que una conciencia borrada por una afina que la voz de Carné.

Adi y Juan Carlos... por favor...

Sus dedos de uñas manicuradas, extrajo una pastilla de menta y se la puso en la boca.

Mi patrón sonrió. Adiviné lo que pensaba:

—(Lo espera la novia...)

Yo no entiendo mucho de mores, porque no existen las medias naranjas correspondientes para nosotros, los contadores de taxímetros, pero se me ocurrió que cualquier muchacha debe preferir a un hombre con menos perfume y más barba, con más descuido y menos jopo. Pero vaya uno a saber...

—Apúrese chofer! — Y miró su reloj pulsera con malla de oro. Cuando nos acercamos a la Plaza Independencia sacó de una cigarrera monogramada un cigarrillo egipcio, lo introdujo en una larga boquilla de ámbar y lo prendió con un encendedor automático de plata. Advertí entonces un brillante deslumbrador en su mechero. Y volví a adivinar el pensamiento de mi patrón:

(¿Quién lo esperará? ¿Maria Félix? ¿O la Agha Kana?).

Porque el asunto, realmente, empezaba a prestarse a la meditación. Sobre todo cuando del bolsillo del chaleco sacó un perfumador metálico y se rocío las solapas y el pañuelo.

—Voy a llegar tarde... — se lamentó — ...ya debe haberse ido!

En efecto, cuando llegamos a la Plaza Constitución, el dandy exclamó desesperado:

—Y se va! ahí sube...

Pagó apresuradamente y salió corriendo en persecución de un ómnibus que arrancaba por Rincón.

Y mi patrón y yo nos quedamos con una duda vitalicia.

Porque al ómnibus — lo vimos — acababan de subir por separado cuatro personas: Un churro piramidal, una viejita casi inválida, un anciano portero y un bombero grandote.

Mi patrón se quedó pensativo por una semana.

CHERIS.

Rigurosa Etiqueta

Subió duro y tieso como si se hubiera tragado un palo. De jaquet, cuello palomita, plastrón y clavel en el hojal. Hacia un frío horroroso, pero el hombre sudaba.

En el momento en que se iba a sentar, su señora le pegó el grito:

—Cuidado la cola!

—Cuidado la cola!

—Ni que fuera un chimpancé... — respondió el aludido de pésimo humor.

Pero plegó con cuidado ambos faldones y se sentó tieso, estirado, y en la punta del asiento, cosa de no arrugarse la espalda.

Su mujer volvió a la carga:

—Subite los pantalones que se te van a formar rodilleras!

El hombre elevó los ojos al cielo con resignación infinita:

—¡Quién me habrá mandado meterme en este baile...!

El jaquet le quedaba tan bien como puede quedarle un uniforme diplomático a un loro barranquero. Y a cada rato se quejaba:

—Este cuello me está guillotinando!

—Paciencia, querido...

—Los zapatos me tienen loco!

—Valor! Cuando volvamos a casa te pondrás los pies en agua tiibia y sai. Además, si te nombraron testigo de la boda no podes presentarte como un cualquiera. La gente distinguida...

—¡Que gente distinguida ni que cuernos! — le interrumpió el mártir. — ¿No sería mucho mejor festejar el casorio con un asado, sin cuellos duros ni jaquetes?

—Dios mío! No se te ocurra decir eso delante de la gente! Y acomodate ese pañuelo que parece una sábana colgada...

Conforme nos íbamos acercando al destino, el mártir de la etiqueta se iba poniendo más nervioso. Yo adivinaba su pensamiento: "Con lo bien que estaría ahora tomando mate en zapatillas!"

La mujer seguía instruyéndolo:

—Cuando te presenten a alguien importante decile "encantado" y después inclínate un poquito.

—Si me inclino, me clavo el cuello en el cogote y me arrugo la pechera...

—Cuando el mozo te ofrezca algún saladito no agarres de a media docena.

—Sí; ya sé. Mucha etiqueta, mucho "encantado" y "tanto gusto", pero en lo que se llama morir, vamos muertos...

—¿Trajiste los cigarrillos americanos?

—Sí, mujer... y un toscano para la vuelta. Es lo único que me consuela.

Quando llegamos, el hombre bajó del taxímetro con la misma cara con que Luis XVI subió al cadalso.

Parecía una res con cuello palomita camino al matadero.

CHERRIS.

¡A Cobrar la Grande!

Subieron allá por el Cementerio del Norte. Por las dificultades que tuvo él para abrir la portezuela y por el cuidado que puso ella al sentarse en el borde del asiento, como con miedo de desfondarlo, dedujo que si no era la primera vez que tomaban taxímetro, por ahí andaban.

—Este... ¿cómo se llama eso, Micaela?

—Si no sabés vos...

—Sabe... —dijo el hombre como disculpándose— mi mujer y yo... esté ¿Comprende?

—Ah, comprendido — contestó mi patrón — Al Pereira Rossell ¿No?

La Micaela se indignó:

—¡No señor! ¿Pero dónde me ha visto que...? Nosotros sacamos la Lotería!

—Y vamos a cobrar...

—Mi patrón no dijo nada y arrancó.

La felicidad les resplandecía en el rostro. Se miraban y se reían solos como si estuvieran leyendo una tira cómica. Se veía que a él le molestaba el cuello y a ella los zapatos, pero eran felices.

—¿Quién nos iba a decir ¿eh?

—De veras, quien nos iba a decir...

—Yo no trabajo más.

—Ni yo...

—Viviré como un rey...

—Yo también...

—Pensar lo que es la suerte...

Por cuatro pesos con veinte te dan un papellito con un número; y por el papellito con un número, te dan veinte mil pesos...



—¿Los darán?

—Ay nó! El que gana, gana!

—Si... pero acordate de lo de Reyes...

El marido se acordó, y las cejas — más pobladas que Bélgica — se le arquearon en un rictus de temor.

—Apúrese, chofer!

Ahora estaban inquietos los dos.

—¿Trajiste el número? — gritó de pronto la mujer.

—Sí, cómo no!

Se metió la mano en el bolsillo del saco y la sacó vacía.

—A ver si lo perdiste...

En el otro bolsillo tampoco estaba. Ella se puso pálida, el colorado.

—Pero... pero si me lo puse acá!

Se metió las dos manos en los bolsillos del pantalón.

—¿Y?

—Nada...

Ahora sudaban a mares. A ella se le había puesto la cara color vinagre fuerte.

Uno a uno inspeccionó temblando los bolsillos del chaleco. Los dedos tremendos de estibador temblaban, y le costaba introducirlos en los bolsillos minúsculos. Soltó una palabrota apocalíptica.

Estaba el hombre con todos los forros de los bolsillos afuera y le faltaba a ella una fracción de segundo para desmayarse o para acomodarle al marido un carterazo (nunca se sabe lo que va a hacer una mujer), cuando mi patrón tuvo una idea:

—¿No estará en el bolsillo del pañuelo?

La palabrota que soltó ahora al encontrarlo fué más suave, pero igualmente explícita.

Y otra vez resplandeció la felicidad. Se miraban embobados y reían por cualquier cosa. Desde la pareja de enamorados que llevamos una vez al Prado, yo nunca había visto dos sujetos tan, pero tan en la luna.

De lo que se deduce que la lotería es como el amor, sin perjuicio de que el amor sea una lotería. (Nótese los profundos conocimientos psicológicos del autor).

Cuando volvieron de la Administración de Lotería, discutían como locos:

—Tate tranquila, te digo! Esto es un cheque y con esto me pagan.

—Eso es otro papel. ¿Por qué no te dieron la plata? ¿Siempre te dejarás tomar el pelo?

—Micaela!

—Igual que cuando te sacaste la flauta en la rifa...

—Calláte... vamos al Banco, chofer, a ver si esta ignorante se desasna un poco...

—No te permito!

—¿Qué? — y sonó una bofetada proplamente piramidal.

Al llegar a la puerta del banco la mitad izquierda de la cara de ella estaba más colorada que la mayoría parlamentaria. Y se empezaba a hinchar. El hombre quiso disculparse con mi patrón:

—Se me pegó a mi mujer... y justo hoy que nos sacamos la grande, se me va la mano... Los nervios ¿sabe?

Y al bajar la invitó, cariñoso:

—Vení, vamos a buscar la plata...

La mujer, más colorada todavía, se excusó:

—Andá vos sólo... yo ya cobré.

CHERIS

pezaba a ninenur. El nombre quiso disculparse con mi patrón:
 —Se le pagado a mi mujer... y justo hoy que nos sacamos la grande, se me va la mano... Los nervios ¿sabe?
 Y al bajar la invitó, cariñoso:
 —Vent, vamos a buscar la plata...
 La mujer, más colorada todavía, se excusó:
 —Anda vos sólo... yo ya cobré.
 CHERIS

Memorias de un taxímetro (V) por CHERIS

El Movimiento Continuo

Era lo que académicamente se llama un "churro", aunque algunos estilistas en discrepancia lo denominen "budín". Los ojos negros como la conciencia de un prestamista, la boca roja como un clavel (nótese el poder creador del autor). Llevaba además un sombrerito más inclinado que la torre de Pisa, aunque, desde luego, menos antiguo, y un lunar más gracioso que Pepe Iglesias y más redondo que el negocio de Fariña.

Yo, si bien soy una máquina contadora que traduce el tiempo en pesos, tengo también mi corazoncito. Y mi sentido de lo estético. Así que me dispuse a esperar que se inmovilizara en el asiento para admirarla a mis anchas.

Pero soné.



Soné porque no se estuvo quieta en todo el viaje. Y me agenció por culpa de ella un mareo descomunal.

Apenas arrancamos, se sacó los guantes, abrió la cartera, sacó de ella la petaca, puso la cartera en el asiento, abrió la petaca y se empolvó la natita. Volvió a tomar la cartera para guardar la petaca con el espejo. Se peinó concienzudamente por espacio de dos minutos. Y volvió a repetirse el proceso famoso del monólogo: toma la cartera, abre la cartera, introduce el peine, introduce la petaca, cierra la petaca, cierra la cartera. Se pone los guantes.

¿Se aquietó? No!

Volvió a sacarse los guantes. Parece que el sombrero no estaba justo. Se lo ajustó. Se puso los guantes. Pero entonces se desajustó el peinado. Y otra vez, guantes, cartera, peine, peinado, cartera, guantes...

A esta altura no se qué le pasó con una liga. Y casi liga mi patrón que no sé tampoco porqué, le faltó un pelo para chocar.

Claro que ahí no paró el asunto. Después fué el rouge para la mejillita aterciopelada (esto lo leí en alguna parte) y el lápiz para los labios... y otra vez el peine... y la petaca... y la cartera... y la cartera... y la petaca... y el peine...

Menos mal que llegamos a destino.

—¿Cuánto es? — preguntó la preclosura.

—Uno noventa — le contestó mi patrón. Y le oí decir por lo bajo:

—(Si viene a pie se hubiera cansado menos).

Palabra que tenía razón.

CHERIS.

TYRIAN RUBBER GOODS

LA TORRE DEL VIGIA

¡ADIÓS, MONTEVIDEO, QUE TE QUEDAS SIN GENTE!

Se conocen en la Historia ejemplos de ciudades abandonadas. Jerusalén lo fué dos veces cuando Nabucodonosor llevó cautivos a sus habitantes para Babilonia. También lo fueron, durante la terrible peste que asoló a Europa, en 1348, las ciudades del Norte de Italia, las de Francia y también Londres: los habitantes sobrevivientes huían despavoridos por las campañas. La propia Montevideo, cuando la fiebre amarilla en 1853, que costó, entre otras vidas, la de Villardebó y José B. Lamas, vió sus calles desiertas. Las familias se fueron para el campo, y hasta el presidente Gabriel Pereira trasladó su gobierno a una quinta de la Unión.

¿Qué le ha ocurrido ahora a Montevideo que ha sido abandonado por sus habitantes? El paseante solitario puede recorrer sus calles silenciosas sin recibir un solo insulto de conductores, sin que las bocinas de los trolley-buses le hagan saltar, sin que le obliguen a comprar un solo número para una rifa! Es que, acaso, un nuevo Nabucodonosor ha llevado atados, unos a los otros, a sus habitantes esclavos para un lejano reino? ¿Es que la peste o la fiebre amarilla ha corrido a las familias y nosotros, ignorantes del peligro, nos paseamos por sus calles, ahora pasto del morbo? Porque el silencio y el reposo son totales. En sitios otrora tumultuosos, como las paradas de autobuses de nuestra avenida, donde una turba-multa multitudinaria se precipitaba en tropel al asalto de los vehículos, ahora ¡oh fábula del tiempo!, reina tan desolada paz que suben a los labios los melancólicos versos de Rodrigo Caro: Estos, Fabio ¡ay dolor! que ves ahora campos de soledad.

Sin embargo, a Fabio no le debe sorprender lo que ve porque si ha estado en Montevideo desde hace unos días habrá escuchado en las oficinas, en los cafés, en las calles, en las peluquerías, diálogos de este tenor:

—¿Encontró pasaje para Nahuel Huapi?

—No quedaban más. Pero voy a Caraguatá. Y ¿usted?

—Iré a Manchú Pichú o a Barriga Negra. Depende de cómo esté el cambio.

Y así en los sitios más diversos — por ómnibus, vapores, aeroplanos, — se han distribuido los montevideanos. A Los Lagos del Sur o a la frontera del Norte, a las playas del Este o al litoral Oeste, a Bariloche o a Chafalote, Mendoza, Tucumán, Malvín, Córdoba, Mar del Plata, Las Toscas, la Fortaleza, la Barra de Maldonado, Laguna Negra, Blanquillo.

—Mis primas ya salieron para Mar del Plata.

—Mi hermano debe haber llegado hoy a Córdoba.

—Acampamos en carpas en la barra del Maldonado.

—Ya tenemos el camión acomodado y salimos mañana temprano para la Fortaleza.

La cuestión es irse, partir, no quedarse estos días de ningún modo en Montevideo. Por eso, los días preliminares, en especial, sábado y domingo, las carreteras de salida recordaban a los caminos de salida de París durante el mes de junio de 1940. Vehículos de todas clases, carromatos de los más diversos. Un coludo Cadillac entre un Ford de bigote y un armatoste sacado como para el corso de la locomoción. Omnibus repletos, jardinerías y camiones, muchos camiones. Porque para esta desocupación de Montevideo el camión parece el vehículo predilecto.

Hemos visto cómo se trasladaban familias enteras con sus muebles y animales domésticos dentro de los camiones, como si fueran mudanzas. Colchones, mesas, carpas, ropas, bancos, hasta un lavatorio con es-



pejo, un armario, el sillón de hamaca de la abuela, el caballo de madera del nieto, el loro de la madre, los canaritos del padre, el perro del suegro, y hasta un mono, porque se precisa no tener corazón para dejar encerrado durante ocho días a un ser viviente. No es posible creer que dentro de un camión quepan tantas cosas! Siempre hay sitio para un mueble más.

Nosotros hemos tenido que quedarnos en Montevideo durante esta semana. Lo confesamos sabiendo la vergüenza y la humillación que eso significa. Hemos arrastrado nuestros pasos por las calles desiertas, sin encontrar a nadie con quien hablar del último campeonato sudamericano, del reciente discurso de Luis o de la partida de las hermanas Massilotti. Apenas, de tiempo en tiempo, una voz llegaba a nuestros tímpanos: la voz de las radios, transmitiendo la Vuelta Ciclista del Uruguay. Los ciclistas recorriendo las hermosas colinas del país! Y nosotros mirando, otra vez, las mismas veredas que conocemos de memoria. Y así, silenciosos, con las manos en los bolsillos, nos hemos puesto a meditar sobre las razones por las que todos los montevideanos se han ido de la ciudad. Y he aquí las reflexiones de un paseante solitario.

—ooo—

Nadie puede concebir la enorme cantidad de descanso que es capaz de acumular un uruguayo. Somos los mayores acumuladores de descanso del mundo. Este es un título que nadie podrá sacarnos. Las mejores baterías acumuladoras de descanso! Aprovechamos todas las oportunidades que se nos presentan para descansar. Muchos no hacen otra cosa desde que nacieron. Una estadística demográfica demuestra que la mayor parte de los uruguayos han nacido un sábado o en víspera de fiesta para tener así, de entrada, dos días de asueto. Cuando un compatriota recibe su nombramiento para un empleo, comienza por pedir la licencia reglamentaria de los veinte días. Todos los primeros de año, al abrir el almanaque nuevo, los empleados se fijan cómo caen las fiestas. Y, en especial, para aprovechar para su descanso los días sandwiches, sandwiches que, a veces, son de dos y tres pisos cuando hay otros tantos días intermedios entre feriado y un domingo. Nada disgusta tanto a nuestra volun-

Continúa en la Pág. DOS

LA TORRE DEL VIGIA

Viene de la Página TRES

tad tenaz de descansar como que un feriado caiga en domingo o, como pasa este año con este 19 de Abril, que ya era fiesta y cae en la semana de turismo que ya es fiesta también. Qué desgracia!

¿Es que — preguntará algún neófito recién caído de un planeta — el uruguayo trabaja tanto que necesita en forma tan grande del descanso reparador? No, inocente criatura — le contestaríamos —; si todos acabamos de salir de nuestras vacaciones; la gente recién termina su temporada de verano y carnaval que comenzó en noviembre.

—Entonces, no comprendo — volverá a decir aquella incauta voz.

—Comprenderéis — le explicaré paciente — cuando os diga que el descanso que se está tomando casi crónicamente el uruguayo no es posterior a un trabajo, sino previo a él. Estamos acumulando, y en muy altas dosis, descanso y más descanso, por toneladas, para el día que nos toque empezar a trabajar. Enton-

ces, ese día, cuando con todas las energías tan tenazmente reservadas nos pongamos a trabajar... No quiero ni pensarlo! Por otra parte, pensar es ya un trabajo. Y estamos en Turismo.

Quizás — hay tanta susceptibilidad en ciertas personas — algún compatriota que a estas horas está descansando en su carpa en las márgenes de un río, tomando mate mientras que el asado se dora, se sienta herido por nuestras reflexiones. Le pedimos excusas y creemos que sabrá disculpar este desahogo de un montevideano que ha tenido que quedarse sólo! en esta ciudad deshabitada, deambulando por sus silenciosas calles archiconocidas, mientras todos los montevideanos restantes se solazan en la caza o en la pesca, suben por las cuchillas, bajan en las quebradas o "pedalean en los horizontes de la patria", como es- cucho decir en estos momentos a la radio que transmite la Vuelta Ciclista.

FIDEL GONZALEZ.

Definiciones humorísticas

¿DE QUE NACIONALIDAD ES USTED?

¿INGLES, FRANCES, ESPAÑOL ARGENTINO?... ¿QUE ES?

Las siguientes contestaciones satisfarán ampliamente su orgullo nacional:

¿Un inglés?

—Un whisky.

—Dos ingleses.

—Dos whiskys.

¿Tres ingleses?

—Un protectorado británico.

¿Un francés?

—Un héroe.

¿Dos franceses?

—Dos condecoraciones.

¿Tres franceses?

—Un matrimonio.

¿Un italiano?

—Mussolini.

¿Dos italianos?

—La tarantela.

¿Tres italianos?

—La murra.

¿Un alemán?

—Ur profesor.

¿Dos alemanes?

—Un barril de cerveza.

¿Tres alemanes?

—La guerra mundial.

¿Un portugués?

—Pasa.

¿Dos portugueses?

Pasan.

¿Tres portugueses?

—Terminó la temporada.

—¿Un holandés?

—Un queso.

¿Dos holandeses?

—Una pareja de baile.

¿Tres holandeses?

—Molinos de viento.

¿Un americano?

—Un dólar.

¿Dos americanos?

—Un match de box.

¿Tres americanos?

Un sindicato.

¿Un peruano?

—Un exilado.

¿Dos peruanos?

—Un diario.

¿Tres peruanos?

—Una conspiración

¿Un uruguayo?

—Un olímpico.

¿Dos uruguayos?

—Un blanco y un colorado.

¿Tres uruguayos?

—El Uruguay.

¿Un argentino?

—Un doctor.

¿Dos argentinos?

—Bronca.

¿Tres argentinos?

—Un hipódromo.

¿Un español?

—El Cid.

¿Dos españoles?

—Un jaleo.

¿Tres españoles?

—Una sociedad recreativa.

¿Un brasileño?

—Muchas bananas.

¿Dos brasileños?

—Un ejército.

¿Tres brasileños?

—8.000.000.000 de reis.

¿Un mejicano?

—Dos revólveres.

¿Dos mejicanos?

—Una revolución.

¿Tres mejicanos?

—Tres generales.

¿Un austriaco?

—Un capitán de húsares.

¿Dos austriacos?

—Un vals.

¿Tres austriacos?

—Una opereta.

EL DEBATE

Cosas de la Vida

DERROTA QUE ES UN SIMBOLO

UN amable e inteligente lector nos ha honrado con la nota que va en seguida, enfocando un interesante tema, que hemos ventilado en comentarios anteriores.

Nuestro pueblo deportivo—y aun aquél que, sin serlo, sigue mas o menos de cerca dicha clase de actividades—, se ha sentido convulsionado ante la estrepitosa caída que en Chile sufriera nuestra selección de fútbol. Se indaga, se analizan las causas de la misma, se esbozan soluciones y, en casi todos los casos se está de acuerdo en que nuestro fútbol esta en baja. Que no existe la calidad de antaño. Que no hay moral. Nosotros no estamos de acuerdo. O, por lo menos, creemos que el problema es mucho más amplio. Que desborda los límites de ese pequeño núcleo de jugadores que tan mal nos representara y aun el más amplio de la totalidad o casi totalidad de los futbolistas compatriotas. Por tanto, creemos que la desastrosa actuación hay que juzgarla teniendo en cuenta, más que su condición de profesionales del deporte—con la que indiscutiblemente no han sabido cumplir—, la de integrantes de una sociedad que—como la nuestra—, adolece de fallas gravísimas. La juventud uruguaya vive equivocada, eso es evidente. Por lo menos, gran parte de la juventud. Esa parte de la que, en general, sale el jugador de fútbol. Esa parte que, con muy poca instrucción—o con ninguna—tiene que salir a ganarse la vida desde temprana edad y en cualquier cosa y que, por hacerlo contra gusto, decide automáticamente “tirar para atrás”. Se gana poco, luego se trabaja poco. Y, si es posible, no se trabaja. El aprendizaje de un oficio, el perfeccionamiento en determinada actividad, no cabe en su cabeza. La conquista de mejoras mediante la lucha gremial, tampoco. A lo sumo, su mayor aspiración radica en conseguir un empleo público para, entonces sí, no hacer nada con absoluta tranquilidad, sin temor al patrón que expulsa o suspende. Después—o aun antes—, cigarrillo, copetines, baile, melena al estilo de tal o cual actor de cine y adquirir fama de guapo, lo que es tan honroso para esas mentes desorientadas, como ofensivo resulta el calificativo de trabajadores. No quiere decir que todos sean así, pero... en cada barra siempre hay alguno de ese corte y, desgraciadamente, ese es quien oficia de guía e inspirador. Pero hay más: Esta mentalidad no es privativa de la muchachada proveniente de esa capa social dejada de la mano de Dios. Jóvenes hay que, habiendo recibido instrucción merced a las posibilidades paternales—o a sacrificios sin cuento de sus progenitores—también la adquieren. Y la adquieren con mucha más facilidad de lo que asimilan las enseñanzas de una escuela blanda y de un liceo más blando aún. De lo que se infiere que aquí no se forma a la juventud, sino que se la dota de conocimientos—a veces perfectamente inútiles—asimilables o no según el muchacho sea o no inteligente. Y aprovechables según el individuo sea o no campo propicio para que en él fructifique la semilla del bien.

Este es clima que se está viviendo y negarlo es cerrar los ojos a una realidad incuestionable. Visionario cual pocos, ya lo previó el Dr. Herrera cuando, hace años, abogaba en el Parlamento porque hubiera menos candidatos a médicos o abogados—conste que hemos dicho candidatos—y más elementos que, con el aprendizaje de un oficio, estuvieran en condiciones, más tarde, de cimentar, desde el taller o la fábrica, la grandeza de la patria.

¿Y qué no decir entonces de los que nada aprenden? Esas palabras sabias del Dr. Herrera sirvieron, sin embargo, para que los cazadores de votos, mutilando la frase, las hicieran aparecer luego como un insulto al pueblo. A ese pueblo al que el Dr. Herrera llamaba duramente a la realidad, tratando de despertarlo de un sueño que sus adversarios tenían y tienen interés en que dure eternamente, para así poder medrar a sus expensas y detentar posiciones que, de otra manera, les sería muy difícil no sólo adquirir, sino mantener. Adular al pueblo para que éste pague sus diezmos en forma de votos, aunque ese pueblo vaya camino al despeñadero. He ahí la consigna.

Para un país como Uruguay, que se considera guerrero, que se confiesa en eterna muchachada. Hay que se considere guerrero con viveza y hembra con patoterismo. Esa guerrangueria y ese patoterismo que tan mal están dejando a nuestro país por las canchas de fútbol de America y del mundo. Que no sólo en lo deportivo son lamentables los resultados de las jiras de nuestros equipos o de nuestros seleccionados. Pero aquí lo podemos ver domingo a domingo: Marcha un camión rumbo a una cancha, por ejemplo y a su paso no hay quien se salve del epíteto soez. Maxime si se trata de una mujer y aunque esté acompañada. Y si el acompañante reacciona, peor para él. Allí está la barra pronta para sostener con la fuerza del número al ofensor o poner de verde y azul—en el

(Pasa a la pág. 4)

No. 19
No. 20
No. 21

19 mm.
22 mm.
25 mm.
28 mm.

No. 18
No. 19
No. 20
No. 21

19 mm.
22 mm.
25 mm.
28 mm.

Ilustración No. 8. Para adaptarse a reglamentos de torneos nacionales.
Pequeño, base de 19 mm.
Mediano, base de 25 mm.
Grande, base de 38 mm.

Whitemore



TYER RUBBER COMPANY

de cuando en cuando en nuestra cancha. Hay días en que confundimos guaraní con cecina y también con pastelito. Se guaraníguera y se pastelito que tan mal están deparados a nuestro país por las canchas de fútbol de América y del mundo. Que no sólo en lo deportivo son lamentables los resultados de las jiras de nuestros equipos o de nuestros seleccionados. Pero aquí lo podemos ver domingo a domingo: Marcha un camión rumbo a una cancha, por ejemplo y a su paso no hay quien se salve del epíteto soez. Maxime si se trata de una mujer y aunque esté acompañada. Y si el acompañante reacciona, peor para él. Allí está la barra pronta para sostener con la fuerza del número al ofensor o poner de verde y azul—en el

(Pasa a la pág. 4)

Derrota que es un Símbolo

(Viene de la pág. 3)

mejor de los casos—a quien tiene la osadía de retrucarle.

Este es el panorama. En él se desarrolla y evoluciona hasta llegar a crack nuestro jugador de fútbol. O, mejor dicho, la generalidad de nuestros jugadores de fútbol porque, ya lo hemos dicho, hay honrosas excepciones. Esas excepciones que se dan en todas las actividades y que tiene su origen nada más que en lo que el individuo traiga de la cuna, no en lo que se haga para formarlo. Ahora bien: Ese muchacho anónimo y sin cultura se encuentra de la noche a la mañana, con que los diarios hablan de él; con que se dedica más espacio al goal que conquistó el último domingo que al portentoso descubrimiento realizado por un hombre de ciencia; que las gentes — hay en nuestro pueblo una pavorosa tendencia a invertir los valores—lo señalan por la calle y cuchichean a su paso en forma admirativa; que los billetes llueven; que su pase cuesta miles de pesos y que a él le toca tanto y cuanto; y, esto es lo peor, que todo el mundo lo admite tal como es; que sus caprichos o sus salidas de tono dentro y aun fuera de la cancha son motivo de artículos periodísticos—no siempre condenatorios desgraciadamente—, y de comentarios en las esquinas, y que los dirigentes lo adulan—primero para conseguir su pase y luego... para que no se vaya a enojar—. Y con todo esto—claro—sobreviene el mareo. Que suele terminar en golcadas tan impresionantes como la que Argentina marcara a nuestro seleccionado. A ese mismo seleccionado al que nuestro pueblo hubiera perdonado todo: las faltas de disciplina, la mala educación de algunos de sus integrantes y hasta la alevosa trompada de Matías González, con tal de que le hubieran ganado a nuestros hermanos de allende el Plata. Estamos seguros. Síntomas, todos, que dicen bien a las claras de que aquí hay algo que no huele precisamente a rosas. Y de que a la derrota y al papelón hay que buscarle explicaciones y arbitrar soluciones para que no se repitan, no sólo dentro del campo deportivo sino fuera de él. Y aun fuera de él más precisamente.

Police Bag
12

First Aid
Tourniquet
13

43

TYRIAN RUBBER GOODS



Nursery Sheeting
14

43

Y el hombre se va reconfortando. Los ojos se le iluminan, la voz se le aclara, se le descentumece el cuerpo. Y la lengua se libera.

—Sírvasle, compañero...

El "compañero" que no lo ha visto nunca, se hace el desentendido.

—Sírvasle, le digo. Yo pago... A ver, moco, sírvale algo al señor...

Al cuarto de hora están como chanchos:

—Vos sos mi amigo... ¡Qué mi amigo! Mi hermano! Vos no sabés como te quiero...

El otro llora a moco tendido.

—Hip... mirá, hermanito... cualquier cosa que llegués a necesitar... si te hace falta una ayuda... si precisás un consejo... acordate de este amigo, que...

—Pero eso ya lo dijo el mago!

—Era grande, era...

A las dos horas pueden suceder dos cosas. Que se regalen mutuamente cuanto llevan encima, o que se agarren a puñaladas. — CHERIS.

TYRIAN RUBBER GOODS

12

14

16

18

82

62

84

64

94

33

32

30

50

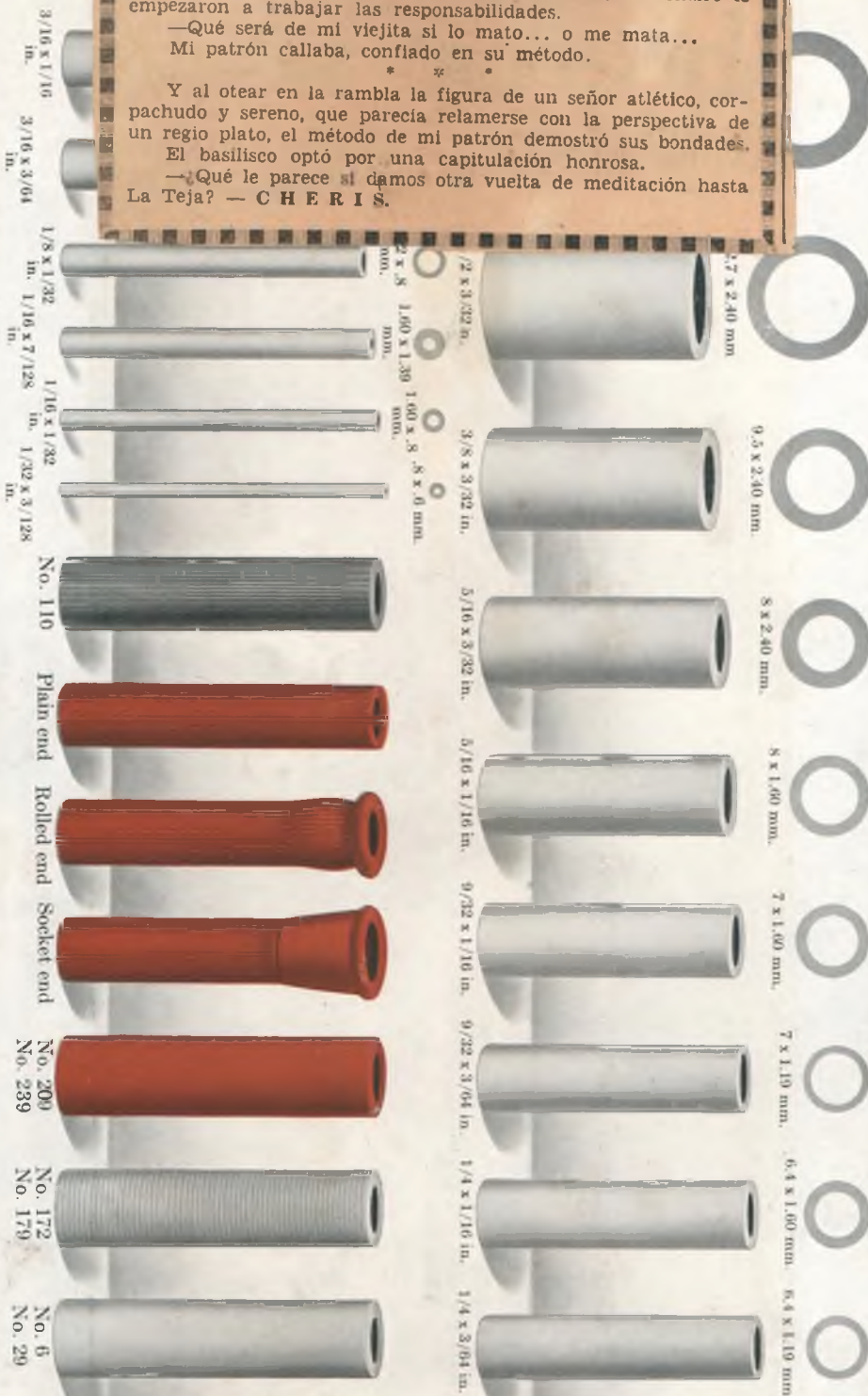
105

107

45

En el vinje de ida, la multitud no parecía calmarlo.
 —Miserable! ¿Con que "infeliz a los veinte premios". No?
 Te voy a hacer tragar el léxico!
 O si no:
 —Le voy a dar tanta trompada que cuando vaya a viajar
 T se acordará del mundo como jurando jurar!
 —Qué me importa que me dé uno ochenta!
 Pero en el viaje de vuelta fue bajando presión.
 —Tenerme que arruinar el porvenir por este récnaje con
 reloj pulsera!
 Cuando doblamos en dirección a la Rambla, al hombre lo
 empezaron a trabajar las responsabilidades.
 —Qué será de mi viejita si lo mafo... o me mata...
 Mi patrón callaba, confiado en su método.

Y al otear en la rambla la figura de un señor atlético, cor-
 pachudo y sereno, que parecía relamerse con la perspectiva de
 un regio plato, el método de mi patrón demostró sus bondades.
 El basilisco optó por una capitulación honrosa.
 —Qué le parece si damos otra vuelta de meditación hasta
 La Teja? — **CHERIS.**



del momento de la cursilería, sin que los recién casados se dieran cuenta de nada. Yo adivinaba que mi patrón estaba barajando la conveniencia de jubilarse o de dedicarse a vender pescado ahumado en el puerto.

Al fin, después de tres horas mortales, descendieron. Entre una oleada de mimos y miradas, el flamante cónyuge pagó y hasta dejó una espléndida propina.

Mi patrón, totalmente mareado, hizo la "gaffe" de su vida:

—Muchas gracias... tesolito...

CHERIS.



Esto del Arte Nuevo, así con mayúscula, me va a llevar a la tumba. — Será, digo, por que nací en una época en que los poetas, de puro retrogrados, se empeñaban en que los versos tuvieran ritmo, rima y metro, y, de vez en cuando, inspiración: a la par que los pintores,

de puro asustados, sostenían que la forma, el color y la armonía tenían algo que ver con la pintura.

Y así, por el pecado de ser conservadorote y reaccionario en arte, me estoy amargando la vida. Me compieles, por ejemplo, hasta lo freudiano, pasarme a la hora y media frente a un cuadro en el que sobre un ojo de pupila roja, rodeado de langostas grises, se entrecruzan treinta y tres dibujos geométricos que planean con dos medios perfiles, un cuarto de pie y tres orejas como fondo, sin que yo [pobre de mí] comprenda nada.

De pronto, llega un jovenzuelo de quince años, se planta frente al mismo cuadro, pone los ojos en éxtasis, se tambalea como mareado por el impacto creador y balbucea emocionado.

—Sublime! Genial! Archipiramidal!

Y yo me voy avergonzado de no comprender en una hora lo que el chiquilín captó en un segundo... y sin atreverme a preguntarle que es "eso" a él "que lo sabe"...

Es que una vez me atreví y fué peor. No se trataba de un cuadro, sino de un poema de un vate universalmente famoso y cultor de las nuevas formas. Cuando comprobé que en una rueda de ocho personas, el único que no entendía su poema era yo decidí consultar a mis eruditos amigos. Pero algo experimentado en la materia, los abordé por separado.

Y he aquí las versiones:

1º) El poeta, pesimista y melancólico, ha encontrado por fin la Luz y la Verdad y canta su alegría. 2º) El poeta, que era feliz y venturoso, ha comprendido que la vida y la Luz no existen y llora su amargura. 3º) Al poeta le nació un hijo y estalla en júbilo. 4º) Al poeta se le murió la amada y grita su dolor. 5º) El poeta ha logrado la interpretación metafísica de la noche. 6º) Es un canto al sol, etc. etc.

Me anonadó e bochorno. Yo había entendido que el poeta había volcado un plato de sopa de letras en una cuartilla y le había puesto la firma.

Especialidades "Lyrian"

Si le ha gustado a Vd. su experiencia en lo pasado de vender Artículos Tyrian para Droguistas y Cirujanos ó para Otros, le suplicamos que Vd. pruebe algunas de nuestras otras líneas ilustradas en las páginas siguientes — Vd. se quedará igualmente tan bien satisfecho que ha comprado el mejor artículo hecho.



Un Hombre en Busca De su Domicilio

Estaba parado en 25 de Agosto y Treinta y Tres y nos chistó. Oí que mi patrón hablaba consigo mismo.

—(¿Lo levantaré a este?)

Realmente había que apurarse si es que no quería "levantarlo" literalmente del suelo. Porque el sujeto tenía una franca de primerísima clase y se mantenía en pie por un verdadero milagro de estabilidad. Hacía pininos en el mismo borde de la vereda, con el sombrero echado para atrás, la corbata ladeada y las manos en los bolsillos. Pero no parecía lo que se dice una mala persona.

Y como el día, además, había sido flojo mi patrón resolvio levantarlo. Fue su minuto fatal.

Hago gracia al lector de describir los largos cinco minutos pasados entre el momento en que mi patrón me bajo la banderita hasta el instante en que ambos logramos ver al pasajero instalado en el asiento trasero. Tropezó, se cayó, maldijo en dos o tres idiomas y sostuvo energicamente que los taxis de ahora no eran como los de antes.

Mi patrón tomo el asunto con filosofía:

—Bueno viejo: ¿Dónde vamos?

—A casa...

—Ajá... ¿Y dónde queda su casa?

—¿Usted... hic... no sabe?

—No...

—Me parece... hic... que yo tampoco...

Doy fe de que mi patrón no soltó ninguna palabrota.

—Haga memoria.

—¿Dónde... hic... estamos?

—Llegando a Cerrito...

—Siga para afuera... hic...

Al llegar a Ciudadela hubo que despararlo.

—Vamos... — le gritó el patrón que ya empezaba a montar el pica-so. — ¿Dónde vive?

—¿A usted que le importa?... hic... Eso es asunto mío...

—Entonces, pague y bajese!

—Yo no le pago... hic... ni me bajo, hasta que no me deje en casa...

Mi patrón frenó, se dio vuelta y le dijo paternalmente.

—Vamos a no complicarnos la vida ¿eh? — Dígame donde vive, yo lo dejo en su casita y asunto arreglado. ¿Que le parece?

—Bueno... hic... ¿Dónde estamos?

— repitió.

—En Cerrito y Ciudadela.

—Vamos a 8 de Octubre y Pernas...

—¿Vive allá?

—No... hic... pero vive una tía mía... y ella puede ser que se acuerde:

El patrón se intranquilizó:

—Dígame... ¿Tiene plata?

El hombre sacó un poco impresionante de billetes a modo de respuesta.

Tranquilizado en ese aspecto, el patrón arrancó. Yo miraba al sujeto que trataba inutilmente de en-



contrar una posición cómoda para el y para el litro y medio de alcohol que había ingerido.

—Oh! me parpadean los párpados:

Al doblar una esquina casi se va de cabeza contra la portezuela.

—¡Olga chofer! Tenga cuidado... hic... si no me llevo a agarrar de la solapa... hic... me voy al suelo.

Al llegar a Ejido empezó a sentirse mal.

—Traigame una aspirina!

En 8 de Octubre y Garibaldi se agravó.

—Traigame un hospital... Me duele hasta el zapato...

—Su tía lo va a atender — lo calmó mi patrón.

—Difícil.

—¿Por qué?

—Porque ahora que me acuerdo...

hic... murió en 1917... ¡Pobre tía

Adela! ¡tan buena que era!

Y se puso a llorar como una Magdalena.

...

Así seguimos.

Sucesivamente se acordó de un cuñado que vivía en Ramón Anador y del que no encontramos ni rastros.

Y de un sobrino de su mujer que vivía en La Comercial, sobrino que descartó cuando se acordó que el era soltero.

Cuando emprendíamos viaje a Santiago Vazquez en procura de un primo hermano, se hizo la luz de su cerebro.

—Olga, chofer!! Ahora... hic... me acuerdo donde vivo...

Mi patrón desconfiaba. Pero el hombre, al parecer, volvía a sus ac-

tuales:

—¡Vamos! Rápido! 25 de Agosto y Treinta y Tres...

Mi patrón se indignó:

—Usted subió ahí mismo!

—Yo... hic... no subí. Usted paro el coche, abrió la puerta y yo...

hic... creí que me convidaba a pa-

sear...

—¿Me va a negar que me chistó?
—Yo lo chisté... hic... para que no hiciera ruido con la bocina. ¿Sabe? Tengo un vecino enfermo... hic... y soy muy considerado...

Pagó religiosamente los catorce con ochenta que yo marcaba. Bajó, tocó el timbre de su casa, dio media vuelta y se metió en la casa de al lado. — CHERIS.

Llanta Antiresbalable
Tyrian para Automóviles

RUBBER COMPANY

Humorismo del Sábado

EL REGRESO

Entró sigilosamente. Menos mal que el pulso no le falló al embocar la llave. Atravesó el living a oscuras. La carga de alcohol que llevaba puesta le hacía pendular un poco. por eso, fué un alivio poder apoyar la mano en la redonda bola del arranque de la escalera. Comenzó a descalzarse. Un silencio impresionante presidía aquellas densas tinieblas. La había hecho un poco grande! Prime- ro el inocente copetín de mos trador. A las apuradas. Viejo, me tengo que ir. Me es- tán esperando en casa. Voy a ver si agarro el próximo ómnibus. Después, ya pasado el escrúpulo del inminente ómnibus, la entra- da en el bar de más postín. Adon- de los llevara aquel antiguo com- pañero de oficina, ahora con pla- ta, de resultados de un matrimonio "dirigido". Cocktail va, cocktail viene. Luego la cena. Copiosa, bien rociada. Aquel puede gastar. Vengan vinos blancos, con la pe- chuga de la inocente paviña y el pescado. ¡Qué pescadito! Y, casual- mente, merluza. Homónima de la que llevaba puesta.

Después el café. Y los licores. Y la otra vuelta. Total —terminó de descalzarse— que la cosa no había ido tan mal. La "patrona", a juzgar por aquel silencio, ensombrecido, dormía placidamente. Le pareció estar oyendo el ritmo de la pausada res- piración cuando se encendieron las luces. Espléndida, generosa, deslumbrantemente se iluminó to- do el living. Y la "patrona", de pie, en salto de cama, a mitad de escalera, con una mano en la ba- randa, mirándole. Mirándole con los zapatos en la mano y un pie en el primer escalón, como si fuera a subir al ómnibus.



—¿No le da vergüenza venir a estas horas? ¡Buen ejemplo para tus hijos. Viejo calavera, perdi- do... A la vejez, viruela...

Y seguía la retahíla espantosa de las recriminaciones.

El hijo no le dejó contestar de inmediato. Que si no iba a ver... Atinó a preguntar:

—¿Estas horas? ¿Horas, qué? —Sí, perdulario... ¿Qué hora es?

—La una... —dijo en un estu- zo que inundó de aroma alcohó- lica todo el ámbito.

—¿La una? —preguntó iracunda la patrona.

—Sí, la una...

Y el reloj, indiferente, socró, largó, una tras otra —metálica, pausadamente, tan, tan, tan... tres rotundas, irrebasibles, cam- panadas.

—¿La una? —preguntó la otra desde su pulpito de escalera.

—Sí, la una —respondió enér- gico.

Y encarándose con el reloj, pati- nándole la lengua, pero desafiante, le dijo:

—Ya sé que es la una... No preciso que me lo repita.



Indice

A	Atornizadores	26
B	Bandas Elásticas	44
	Biberones	32
	Botas de Hielo	28
	Botas para la Cara	10
	Bolsas Politzer	42
	Bombas de Pecho	30
	Boquillas para Cigarros	42
	Botellas para Agua Caliente "Agate"	8
	Botellas para Agua Caliente "Ajax"	6
	Botellas para Agua Caliente "Invincible"	12
	Botellas para Agua Caliente "Mirror"	10
	Bulbos de Atomizador	34
	Bulbos sin Válvulas	34
C	Cajas de Válvulas	22
	Cámaras	51
	Cánulas y Partes (Goma Dura)	22
	Cójines de Inválido	40
	Cójines de Operaciones	40
D	Dentistas, Goma para	42
G	Garantía	5
	Gotarios de Medicina	30
J	Jeringas de Pera	18
	Jeringas de Bulbo	16-18
	Jeringas de Fuente y Combinación	6-14
	Jeringas de Goma Dura	20
	Jeringas para Oídos y Úlceras	18
	Jeringas para Párvulos	18
	Jeringas Vaginales	18
	Juegos de Bulbos con Válvulas	34
	Juegos de Cánulas de Goma Dura	22
	Juegos de Tubería y Cánulas para Com- dinaciones	24
L	Llaves de Goma Dura	22
	Llaves de Metal	22
	Llantas	50
O	Orinales	38
P	Pesarios	42
	Pezones Antimicrobicos	32
	Pezones Emboiados	32
	Pezones Transparentes	32
R	Regatones de Muleta	42
	Regatones de Rosca	42
	Regatones de "Whittemore"	42
S	Sondas	36
T	Tabaqueras	42
	Tiras de Tubería para Irrigadores	46
	Torniquetes de Cadena	42
	Torniquetes "First Aid"	42
	Torniquetes "Modelos Esmarch"	42
	Tubería en General	46
	Tubos de Colon	36
	Tubos Estomacal	36
	Tubos Rectal	36
	Tubos "Valentine"	36
	Tubos para Jeringas	46
U	Utiles de Lactancia	30
V	Vendas, Goma Pura	42
	Veigas para Football, etc.	48

